

# GENIIT

*sociología —  
ciencia — literatura*

9  
umario

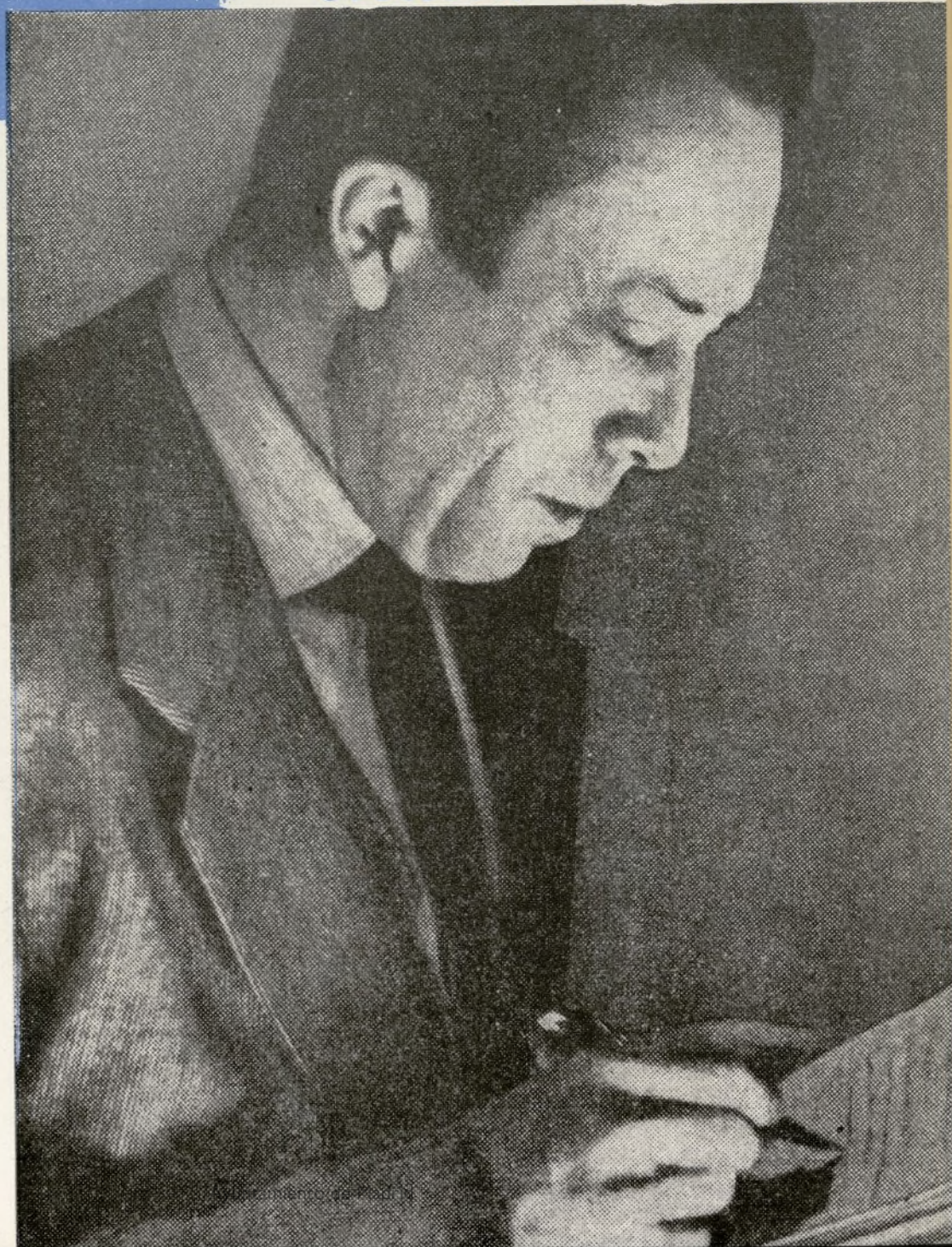
Ar. Balkansky: La reforma de la dirección económica en la U.R.S.S. a la luz de las discusiones entre Moscú y Belgrado — Albert Camus, premio Nóbel. — El pensamiento filosófico de Albert Camus. — Eugen Relgis: Diez capitales: Berlín en otros tiempos. — Goy: Postal Galaica: Camilo José Cela en Galicia. — B. Cano Ruiz: Tribuna de libre discusión: La genética contra el concepto clásico de la justicia. — Ramón Sender: Los libros y los días: Platero en la Quinta Avenida. — Francisco Olaya: El informe Krutchev: Genocidio y campos de concentración. — Suno: Microcultura. — Sebastián Faure: Frente al público (folletón encuadernable).

Noviembre  
1957

# 83

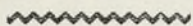
*Revista Mensual*

PRECIO: 90 FR.





## NUESTRA PORTADA



# ALBERT CAMUS

Para nosotros, el hecho de que el Premio Nobel haya sido otorgado a Albert Camus, no aumenta ni disminuye el valor de su obra. Es una distinción oficial, que no puede conceder ni quitar categoría intelectual y moral a los que por ella se vean agraciados.

Pero ello nos sirve de pretexto para dedicar a Albert Camus unas líneas de simpatía, en correspondencia con lo que ha sido su constante ayuda a la causa del pueblo español y la cordialidad con que siempre ha contestado a cuantas veces se ha pedido su concurso en favor de los perseguidos por la tiranía en todo el mundo. Porque ya no es de ahora su amor a España y al pueblo español en lucha constante por la libertad. Era todavía un muchacho, cuando escribió e hizo representar en Argel su obra dramática «Revuelta en Asturias», dedicada a exaltar la gesta heroica de los mineros que se enfrentaron con el Poder central durante el bienio negro. La Revolución de Octubre en Asturias, fué el preludio de la Revolución de 1936.

Albert Camus es el intérprete de la inquietud, de la angustia, de la búsqueda ansiosa de nuevos derroteros de la nueva generación. Su obra es el trasunto de esta inquietud. Y si en ella hay una afirmación, esta afirmación es de inconformismo, es de oposición a la guerra, a la dictadura, al mal en todas sus formas. Y todas las formas del mal moderno son la destrucción de los valores morales de la persona humana, de sus derechos y de sus libertades.

«Cénit» saluda a Albert Camus, viendo en él un amigo de la libertad del pueblo español y un combatiente por la libertad de todos los hombres y los pueblos del mundo.

## CÉNIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Elanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 234 francos trimestre; Exterior, 270 francos.

Número suelto, 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



### LA REFORMA DE LA DIRECCION ECONOMICA EN LA U. R. S. S. A LA LUZ DE LAS DISCUSIONES ENTRE MOSCU Y BELGRADO



A Unión Soviética está procediendo a una reforma de la dirección de su economía que los dirigentes llaman simplemente «perfeccionamiento de la dirección de la industria y de la construcción».

¿En qué consiste esta reforma, cuáles son las causas que la provocan y se trata verdaderamente de una reforma seria o de una maniobra de propaganda?

La respuesta será más clara a la luz de las discusiones ideológicas entre los dirigentes bolcheviques de dos países, en que se han mezclado también los chinos. El problema, pues, podría plantearse de otra forma: ¿Que hay de verdadero o de falso en estas discusiones?

El futuro historiador establecerá con precisión la génesis de las divergencias surgidas en el seno del mundo bolchevique, pero desde hoy puede afirmarse que la escisión yugoeslava fué mejor un conflicto entre Estados, en la que el factor personal representó un papel de primera importancia, pasando a segundo término las disensiones ideológicas. Los dirigentes actuales del Kremlin acusan a los yugoeslavos de revisionistas, por lo demás no sin cierta razón. Pero si hay revisionismo, es de fecha más reciente que la «revuelta» yugoeslava de 1948. En el origen de este revisionismo no hemos de ver a Tito, como tampoco a los camaradas con los que hoy comparte el Poder, sino mejor a Milovan Djilas, un militante de valor y de carácter y que parece bastante sincero, el cual purga actualmente, en las prisiones yugoeslavas, una condena de tres años. Djilas escribió, inmediatamente después de la muerte de Stalin, en 1953, un artículo de 73 páginas con el título «Los fines que preludian», publicado en «Cuestiones actuales del socialismo». (Número 19, julio-octubre 1953, pág. 25-98.)

En este artículo, Djilas planteó de forma perentoria la cuestión de la crisis del comunismo-marxista, recordando ciertas concepciones de los maestros, interpretándolas a su manera y rozando de cerca la crítica anarquista del Estado.

Particularmente, afirmaba en él con claridad y valor:

«El socialismo y el Estado sólo pueden ser provisionalmente amigos y aliados, por un tiempo bastante corto, mientras la burocracia desarrolla un culto místico del Estado y de las tradiciones estatales, así como sobre las formas de organización que se apoyan en el Estado, de atraso de la conciencia de las masas y que impiden el progreso». (Páginas 54-55.)

Tres años más tarde, el 7-11-56, otro dirigente yugoeslavo, Eduardo Kardelj, pronunció un largo discurso en la Asamblea Nacional, en el que, abordando lo esencial de las tesis de Djilas, sin hacer alusión al autor, formuló críticas muy severas sobre lo que él llama stalinismo, pero que es en realidad el leninismo y el propio marxismo. Este discurso fué publicado in-extenso en «Borba» de Belgrado, los días 8 y 9 de diciembre de 1956 y reproducido en su parte esencial en la publicación en lengua francesa «Cuestiones del Socialismo», número 202 del 20 diciembre 1956, (páginas I-X). Como este artículo es la base de todas las discusiones que le han seguido, conviene reproducir aquí algunos extractos.

«Crear, dice, que por el solo hecho de llamarse comunista, un partido asegura a su poder un carácter progresista y democrático, esto es un grave error anti-marxista (...). Hay limitaciones políticas y revolucionarias que pueden imponerse provisionalmente en un país de estructura social complicada. Pero estas limitaciones no pueden aplicarse al libre movimiento de las fuerzas socialistas, de lo contrario se transforman en despotismo burocrático. Y por consiguiente el recurso a una afirmación más y más fuerte del Estado en las relaciones económicas y sociales de un país socialista, no es el camino que conduce a la liberación completa de las fuerzas del socialismo. Precisa no olvidar que no puede tratarse de un sistema socialista formado, aún menos del comunismo, mientras el Estado, en tanto que arma de violencia, sigue siendo el principal factor en las relaciones económicas. El socialismo debe ser liberado de los frenos del burocratismo, para poder desarrollarse de acuerdo con sus impulsos internos, para reforzarse y defenderse por la estabilidad y por la fuerza de las relaciones



sociales y económicas mismas, por la productividad creciente y por la iniciativa consciente de las amplias masas organizadas sobre la base de la propiedad social de los medios de producción». (Kardelj se refiere aquí a la insurrección de Hungría, a la cual, por lo demás, está consagrada la mayor parte de su discurso.)

Se pueden encontrar también parecidos pensamientos en Marx, Engels y Lenin; solamente sus reflexiones tienen un carácter abstracto, mientras que Kardelj se basa sobre hechos reales, sobre regímenes establecidos en conformidad con la doctrina. Es por esta razón que los pensamientos expresados por Kardelj son de una importancia singular.

«Hoy, continúa Kardelj, la relación internacional de las fuerzas sociales es tal, que el porvenir del socialismo depende menos de la defensa de los resultados obtenidos—pues el socialismo ya no es una isla cercada—que de su propia evolución (...). Sólo el movimiento eterno de las masas puede producir aspiraciones progresistas. Es por lo que el espíritu democrático debe formar parte integrante del socialismo».

«El mecanismo del Estado, en la época de transición, produce otros factores mucho más importantes que se convierten en el nuevo parapeto de las fuerzas reaccionarias de la historia que se oponen al socialismo (subrayado por nosotros). Es, ante todo, como bien sabemos, el burocratismo que se manifiesta bajo una forma staliniana y también bajo una forma burguesa y democrática.»

«En general, explica más lejos Kardelj, las contra-revoluciones burguesas no pueden ser un factor político verdaderamente importante más que cuando el despotismo burocrático entra de tal forma en contradicción con las necesidades del desarrollo socialista que incita a la clase obrera a atacarle.»

«Si se quiere desarrollar un sistema político democrático estable de Estado, en el periodo de transición, es indispensable consolidar el estatuto económico y político, primero, de cada trabajador en su trabajo con los medios sociales de producción, después del colectivo del trabajo en la empresa, y por último de la colectividad autónoma local, que debe convertirse progresivamente en una comunidad de productores socialistas.»

Precisa consignar que los dirigentes yugoeslavos piensan proceder así al famoso «debilitamiento del Estado». Es en este sentido que deben ser interpretados los reproches hechos por Kardelj, en el mismo discurso, a los insurrectos húngaros, por haber querido reconstituir el partido comunista en lugar de basar el poder de la clase obrera exclusivamente sobre los Consejos obreros. «Las fuerzas progresistas socialistas húngaras, dice, hubieran debido luchar por el triunfo de la democracia directa, afirmando los consejos obreros y las comunas autónomas como pilares principales del nuevo socialismo.»

Este discurso, como podía esperarse, ha provocado inmediatamente una reacción violenta en Moscú. La primera respuesta fué dada por un artículo en «Pravda» del 18 diciembre 1956, reproducido por toda la prensa de los países satélites, titulado «¿A quién aprovecha esto?» y firmado Pavlov. Este artículo califica las concepciones expresadas por Kardelj de proudhonianas y su recomendación de tomar las armas y las fábricas del Estado socialista y devolverlas a las manos de los obreros, de anarco-sindicalista. En lo que concierne al «debilitamiento del Estado», «Pravda» observa sarcásticamente que Yugoslavia no va en camino de realizarlo, pues no disminuye su presupuesto militar y no cesa de reforzar la policía y los tribunales.

Otro artículo que ha producido sensación en el mundo bolchevique, es el del diario chino «Geminglao» titulado «Todavía sobre el papel histórico de la dictadura del proletariado», reproducido en la «Pravda» del 30 diciembre 1956 y sucesivamente por toda la Prensa de los países satélites. Este artículo, contestando siempre al discurso de Kardelj, tuvo por lo menos el mérito de expresar francamente y sin demagogia la concepción marxista y leninista de la dictadura del proletariado.

Otros muchos artículos del mismo género han llenado las columnas de los diarios soviéticos y de los países de «democracia popular», pero la máxima importancia corresponde a un artículo que debía llamarnos particularmente la atención. Su título: «La realidad socialista y las teorías de Kardelj» (Revista rusa «Kommunist», número 18 de 1956, páginas 11-34, firmado A. Roumiantseff). Este artículo fué traducido y reproducido por la revista comunista francesa «Democracia Nueva». Sin duda alguna, como la revista es el órgano del Comité Central del Partido Comunista ruso, ella expresa la opinión oficial.

Debe reconocerse que Roumiantseff dice la verdad cruda y no se presta a equívoco en cuanto a la naturaleza del marxismo-leninismo. Bastan algunos pequeños extractos de este artículo para demostrarlo.

«La concepción sobre el Estado, afirma, forma parte importante e integrante del marxismo-leninismo» y para justificarse, recurre a una citación característica de Lenin, particularmente: «La organización de las cuentas, el control de las enormes empresas, la transformación de todo el mecanismo económico del Estado en una poderosa y única máquina, en un organismo económico funcionando de forma que centenas de millones de seres humanos puedan conducirse según un plan; he aquí la tarea de gigantesca organización que nos incumbe.» (Pág. 23.)

«El Estado proletario, continúa Roumiantseff, difiere de todos los otros tipos históricos de Estado, requiere una nueva función, función de organización económica». «El aparato al cual corresponde realizar esta función, como lo indica Lenin, debe acrecentarse, desarrollarse, reafirmarse, extendiendo su actividad más importante a la sociedad organizada. Incluso cuando el Estado morirá, la dirección económica centralizada a la escala de la sociedad en su conjunto, seguirá siendo una condición obligatoria para el funcionamiento de la economía.» (Pág. 25.)

Y para disipar todo equívoco en este dominio, Roumiantseff concluye: «Contrariamente a la verdad, Kardelj afirma que los fundadores del marxismo habían sido partidarios del desenvolvimiento socialista por medio del desarrollo y acrecentamiento de las asociaciones de productores. Nada hay parecido, ni en Marx, ni en Engels.» (Pág. 26.)

Podemos remarcar, que ni Djilas criticando severamente el marxismo-leninismo y buscando quizás sinceramente una nueva vía, ni Kardelj que le sigue por este camino, ni los dirigentes moscovitas que responden de la forma indicada, no han descubierto nada. Todas estas constataciones confirman literalmente las críticas del Estado que han hecho los anarquistas de todos los tiempos y en primer lugar las previsiones de Bakunín, que escribía en una carta del 23 enero 1872 a sus amigos italianos (traduzco del ruso y parece que esta carta de Bakunín es inédita): «Marx es un comunista autoritario, centralista, quiere, lo mismo que nosotros, la igualdad económica total, pero dentro del Estado y por medio de los poderes del Estado, por ejercicio de un gobierno dictatorial muy fuerte y por así decir des-



pótico, de carácter provisional, esto es, mediante la negación de la libertad.» (Subrayado por Bakunín.) «Su ideal económico es el Estado, y el Estado en su cualidad de único propietario de la tierra y de toda suerte de capitales, Estado explotador de la tierra por medio de las asociaciones agrícolas dirigidas por ingenieros bien pagados, facilitando el capital a todas las asociaciones industriales y comerciales.»

Volviendo al diálogo entre Moscú y Belgrado, debemos reconocer que la impresión que de él se desprende, es que los yugoeslavos citando a Marx, Engels y Lenin, como hacen asimismo los moscovitas, son partidarios de la descentralización y por el «debilitamiento» inmediato del Estado, por el desplazamiento del poder socialista hacia la gestión económica, apoyada sobre los consejos obreros y las comunas, mientras que los rusos remiten a las calendas griegas el famoso debilitamiento y mantienen la necesidad de la centralización.

Es difícil de distinguir lo verdadero de lo falso entre estas dos categorías de afirmaciones diferentes, pero no lo es tanto encontrar las razones. Evidentemente, los yugoeslavos son «descentralizadores», partidarios de un socialismo democrático por el «debilitamiento» del Estado; «descentralizadores», «federalistas», casi diríamos... libertarios. ¿Por qué?

Excluyendo Djilas, que, repetimos, da la impresión de que busca seriamente una nueva vía, los dirigentes yugoeslavos que siguen en el Poder y que desde 1948, no solamente flirtean con los países capitalistas occidentales, sino que se aprovechan de la ayuda económica y financiera de los Estados Unidos, queriendo al mismo tiempo jugar el papel de partida neutral, de intermediarios y de conciliadores entre los dos bloques, tienen necesidad de una justificación ideológica de su separación de Moscú. Y como ocurre con frecuencia en casos parecidos, esta justificación la han encontrado en la «pureza» de las doctrinas iniciales, lo que quiere decir mostrarse «más católicos que el Papa».

En lo que concierne a los rusos, su actitud es con frecuencia vecina del ridículo. Temiendo perder la función conductora en la «edificación del socialismo», mostrándose a los ojos de sus satélites aventajados por los yugoeslavos en la vía ideológica, se ven obligados a proceder a una especie de puja en el dominio de las reformas efectuadas o simplemente previstas según las recomendaciones de los yugoeslavos, no obstante haberlas refutado de forma enérgica. Están obligados a adoptar esta actitud a causa también del empuje interior que hace correr al régimen el riesgo de ser desbordado, hasta tal punto que la dictadura policiaca pudiese mostrarse impotente.

En efecto, mientras aparecían todos estos artículos expresando la fidelidad del Kremlin al centralismo (llamado, desde luego, «democrático»), y al Estado omnipotente, bien lejos de toda intención de desaparecer, el Plenum de diciembre del Comité Central del P.C.U.S. se reunía, y sus preocupaciones mayores eran particularmente la cuestión de proceder a una descentralización en la dirección de la economía, de lo que se habló abiertamente dos meses más tarde, en el Plenum de febrero.

Es también por esta época que la gran revista económica oficial «Voprossy Ekonomiki» («Cuestiones de Economía»), número 12 de diciembre 1956, publicaba un artículo firmado F. Savenkov bajo el título «Por el perfeccionamiento del aparato administrativo de la industria», en el que se denunciaban numerosos defectos de la economía rusa y los excesos de burocratismo debidos a la centralización exa-

gerada. La simple enumeración de esos defectos llenaría dos páginas enteras. No podemos resistir al deseo de reproducir aquí algunos pasajes.

«En las empresas de los ministerios de la Industria pesada, de la Industria electro-técnica, etc.,—precisa el autor de este importante artículo—uno sobre tres o cuatro obreros es empleado, ingeniero, técnico, guardián, etc. En las veinticinco empresas del ministerio de la Industria electro-técnica de la U.R.S.S., el número de jefes se eleva a 4.617; en las 62 fábricas del ministerio de la Construcción de máquinas pesadas de la U.R.S.S., han sido creadas 2.105 secciones y oficinas, de las cuales 538 sólo emplean cada una tres obreros (...). En una mina de carbón, a cada obrero corresponde un jefe. Esta estructura caracteriza la mayoría de las minas de carbón (...). En la fábrica «Borets» del Ministerio de la Industria del Petróleo de la U.R.S.S., el personal administrativo ha sido aumentado, conservando el mismo volumen de trabajos y las mismas condiciones de explotación, de 169 en 1955 a 203 en 1956; resultado: hay actualmente un funcionario por cuatro obreros; etc., etc.» Sobre esto, Krutchev se extenderá un poco más tarde.

Después del Plenum del C.C. del P.C.U.S. de los 13 y 14 febrero, la «Pravda» del 16 febrero publicó una moción sobre «el perfeccionamiento de la dirección de la industria y de la construcción», en la que se puede leer: «El centro de gravedad de la dirección práctica de las industrias y de la construcción debe ser transferido a la base, creando regiones económicas, lo que acercará la dirección a la producción, la hará más concreta y eficiente y permitirá que las grandes masas de los trabajadores intervengan en la dirección de la edificación económica».

En definitiva, el Plenum ordena: Primero, suprimir los ministerios especializados y elaborar formas de dirección de la economía mediante las cuales pueda ser coordinada de forma más completa la dirección concreta y operante por regiones económicas, observando rigurosamente el principio de la dirección centralizada a la escala del país; segundo, encargar al Presidium del P.C.U.S. y al Consejo de ministros que elaboren proposiciones concretas (...) sometiendo al examen del Soviet supremo de la U.R.S.S.»

El 30 de marzo, aparecieron en la «Pravda», «las tesis del informe Krutchev», representando estas proposiciones. El 7 de mayo, el Soviet supremo se reunió para discutir un nuevo informe de Krutchev sobre el mismo tema. Durante cerca de cuarenta días, la prensa soviética y toda la sociedad rusa discutió esas «tesis». Según la afirmación oficial, se celebraron más de 514.000 reuniones en las que participaron más de 40 millones de trabajadores. Sesenta y ocho mil hombres presentaron proposiciones, observaciones y «enmiendas». «Pravda» e «Izvestia» solamente han publicado artículos de 854 autores y han recibido 8.000 cartas y artículos discutiendo el mismo asunto.

¿Se trata realmente de una descentralización a la cual proceden hoy los dirigentes soviéticos? Sí y no. Ante todo evitan cuidadosamente el emplear este término. Por el contrario, no descuidan el subrayar que este «perfeccionamiento» de la dirección de la industria y de la construcción tiende incluso a reforzar, en una cierta medida, la centralización según el principio leninista de «centralismo democrático». Pero hay también incontestablemente una adopción implícita de la descentralización a la escala regional. La creación de 92 regiones económicas y administrativas es adoptada por el Soviet Supremo y en cada una de estas regiones un consejo económico será constituido para dirigir



técnicamente las empresas económicas. Este dependerá directamente de las Repúblicas federadas de la U.R.S.S. Por lo tanto, el principio de la dirección regional es reconocido y entraña la supresión de los ministerios económicos centrales. Es una reforma substancial en el sentido de la descentralización, exigida e impuesta por las necesidades técnicas y económicas. Se encuentra la prueba de ello en los propios informes de Krutchev donde son señalados muchos defectos y anomalías debidos a la centralización. Los ejemplos que él cita, pueden llenar páginas enteras, y no se trata más que de ejemplos. La realidad es ciertamente todavía más triste. En su informe del 14 de marzo 1957, Krutchev exclama: «A la hora actual, en que nuestra economía sufre de una compartimentación en diferentes administraciones, se erigen barreras ante el desarrollo y la localización racional de la producción. Un solo ejemplo: ¿Dónde pensáis que es fabricada en nuestro país una parte importante de las máquinas cosecheras del maíz? En la región de Kemerovo, cuando el maíz es cultivado en el sur del país. Uno se pregunta en qué cabeza pudo nacer la idea de organizar la producción de las máquinas de cosechar maíz a millares de kilómetros del lugar donde ellas deben ser empleadas».

En sus «tesis» del 30 de marzo, Krutchev reanuda sus críticas contra las «barreras ministeriales», que, dice él, son uno de los más graves defectos en la dirección de la industria y de la construcción... «El Estado realiza pérdidas enormes. La solución de un gran número de problemas económicos urgentes se arrastra indefinidamente». Y él dice que en lugar de producir tractores con ruedas, se fabrican tractores-orugas que no son necesarios. Y las pérdidas así realizadas se elevan a 160 millones de rublos por 100.000 tractores. «Las pérdidas debidas a la producción inservible se han elevado en 1955 y 1956 a seis millares de rublos», precisa todavía Krutchev en su Informe al Consejo Supremo del 7 mayo. «Y no obstante, añade, más de 400.000 técnicos deberían asegurar el control, etc.» Los transportes inútiles y costosos debidos a la dirección centralizada en manos de los ministerios económicos son otra anomalía del sistema. «Los gastos de transporte—en un caso citado por Krutchev—, representan 20 por ciento del precio de coste». Estos defectos del sistema de la dirección han conducido al primer secretario del P.C.U.S., a reconocer «la necesidad de desplazar el centro de gravedad de la dirección operacional de la industria y de la construcción a proximidad de las empresas y de las construcciones. Y esto no puede realizarse más que por la vía de la transición de la dirección de la economía nacional de los ministerios especializados a la dirección edificada sobre el principio territorial».

Así pues, la descentralización se impone como una necesidad ineluctable de la realidad económica y técnica; muchos técnicos se dan cuenta de ello y la desean. Los responsables locales, directores de fábricas y de empresas, reclaman una mayor independencia en sus decisiones y en la dirección de la producción. Pero esta descentralización es incompatible con la doctrina y las hábitos; por consiguiente difícil de realizar por parte del Partido Comunista, que retiene siempre en sus manos la dirección general del país; su propia organización resta y restará centralista. Será importante conocer la composición de los Consejos económicos populares en las regiones. No serán ciertamente elegidos por los obreros de las empresas y de las fábricas y dependerán del Partido, él mismo dirigido por un centro constituido por el Politburó. De ahí parte una crisis profunda de estructura en la U.R.S.S. La nueva reforma de la dirección soviética marca así una fecha importante en el declive del faraonismo moderno, obra de los bolcheviques.

Ar. BALKANSKY

Trad. : F. M.

P.S. Desde que este artículo ha sido escrito—su publicación habiéndose visto un poco retardada—muchos acontecimientos se han producido en U.R.S.S. Los Consejos económicos regionales, cuya formación estaba prevista lo más tarde para el 1 de julio, están ya funcionando; su número ha aumentado de 92 a 105. La descentralización es un hecho, pero entendámonos bien: es una descentralización marxista, pues el desplazamiento del centro no significa todavía una verdadera descentralización, sino simplemente una multiplicación del centro. Las regiones económicas son aún muy vastas y el número de empresas dependientes del Consejo Regional muy importante, puesto aparte el espíritu centralizador inherente a los dirigentes bolcheviques, para que la dirección de la economía se acerque a la iniciativa de las masas trabajadoras. Además, es un cambio que choca con la mentalidad reinante y provoca un desorden que se traduce por trastornos inevitables en el funcionamiento de la economía. De ahí, en gran parte, la crisis política, el reajuste del sexto plan quinquenal y... numerosas incertidumbres que pesan sobre la cargada herencia de un régimen dictatorial que polariza los grandes descontentos de las masas desde hace cuarenta años. La seria crisis ha empujado. La reforma en cuestión es uno de sus más prometedores síntomas. Krutchev tendrá por lo menos un mérito involuntario. La Historia le estará reconocida el día en que esta crisis termine con la liberación del pueblo ruso.





# ALBERT CAMUS

## PREMIO NOBEL

**E**N el momento en que la Academia de Estocolmo ha coronado la obra literaria y filosófica de Albert Camus con la más alta distinción en el mundo de las Letras, de las Artes y de las Ciencias, «CENIT» se complace en destacar este hecho por lo que él representa, ya que la persona y la obra de Camus encarnan realmente el pensamiento liberal y libertario en la filosofía y el arte modernos.

Tampoco podemos olvidar cuánto ha hecho Camus por el pueblo español; cuán ardiente y generosa ha sido su defensa; de qué manera su presencia ha constituido ornamento moral y testimonio de simpatía en muchos actos nuestros.

Como ilustración de la obra camusiana, a fin de que nuestros compañeros la conozcan en toda su amplitud y su trascendencia, insertamos a continuación una noticia biográfica que juzgamos extremadamente interesante.

### ETAPAS DE UNA VIDA

Alberto Camus nació en Argelia el 7 de noviembre de 1913, en Mondovi, cabeza de cantón del departamento de Constantina. Su madre era española; su padre, artesano de ascendencia alsaciana, fué muerto en la batalla del Marne.

Su infancia y su juventud se desarrollaron en medio de numerosas dificultades materiales. Cursó estudios primarios, secundarios y superiores en Argel. Entabló estrecha amistad con Jean Grenier, su profesor en la Universidad. Para poder preparar una licencia de filosofía y un diploma de estudios superiores sobre «San Agustín y Plotino», tuvo que ejercer diversos oficios: vendedor de accesorios de automóvil, corredor marítimo, meteorologista, empleado de oficina... Cayó gravemente enfermo y se vió obligado a renunciar a pasar examen para la cátedra de filosofía, abandonando la carrera universitaria.

Apasionado por el teatro fundó un elenco escénico, «El Equipo», que, para debutar, empezó con una adaptación de la novela de Malraux, «El tiempo del desprecio»; presentó después un ensayo de «Creación colectiva»: «Revolución en Asturias», pieza en cuatro actos, que evoca el levantamiento de los mineros de Oviedo en 1934. «El Equipo» representó asimismo «El paquebot Tenacity», de Charles Vildrac; «La mujer silenciosa», de Ben Jhonson; «Los hermanos Karamazoff», de Dostoyewsky, en el que Camus representaba el papel de Ivan; el «Prometeo», de Esquilo, en una adaptación inédita de Camus.

En la Librería «Las Verdaderas Riquezas», dirigida por Edmundo Charlot, conoció a Claudio de Fréminville, a Gabriel Audisio y a otros escritores en los que se ha querido ver «la escuela de Africa del Norte».

A pesar de su escasez de recursos, Camus visitó Italia, Austria, Praga, las Islas Baleares. Su primer volumen, «El anverso y el reverso», compilación de ensayos, de recuerdos de infancia y de viaje, apareció en 1937, editado por Charlot, que, el año anterior, hizo asimismo una edición de «Revolución en Asturias». En 1938, apareció «Bodas».

Camus hizo entonces sus debuts como periodista en «Argel Republicano»; más tarde, en París, colaboró en «Paris-Soir», al que abandonó en junio de 1940. Después del ar-

misticio, ocupó un puesto de profesor en Orán, participando en la Resistencia y escribió sus «Cartas a un amigo alemán», editadas en 1945, pero cuyas dos primeras «parecieron clandestinamente en los «Cuadernos de la Liberación», en febrero 1944. Militó en el movimiento «Combate» en Lyon, con René Laynaud, y en París, donde se encontraba en el momento de la liberación. Redactor en jefe del diario «Combat», publicó en él artículos editoriales que fueron recogidos en 1950 bajo el título «Actuales». En 1945, abandonó el trabajo agotador del periodismo político; en 1946, realizó una tournée de conferencias por los Estados Unidos; a su regreso reanudó su colaboración en «Combat», que dejó definitivamente en 1947. En 1955, colaboró en «L'Express», entonces diario. En 1956, nuevo abandono del periodismo.

Aconsejado por Malraux, Gallimard editó, en 1942, la primera novela de Camus: «El Extranjero» y su ensayo «El Mito de Sísifo»; estas dos obras constituyen su «defensa e ilustración» de sus teorías sobre el absurdo, base de su filosofía.

Fiel al teatro, Camus hizo representar «El Malentendido» (1944); («Calígula» (1945); «El estado de sitio» (1948); «Los justos» (1950). Paralelamente se acrecentaba su obra de novelista y de ensayista. En 1947, obtuvo con su novela «La Peste» el premio de los Críticos, que le consagró como uno de los escritores más importantes de su generación. Después fué publicando «El hombre en rebeldía» (1951), obra de historiador y de filósofo atacada por Jean-Paul Sartre; «Actuales II» (1953), donde se recogen sus crónicas del año 1948 al año 1953; «El Estío» (1954), colección donde se encuentra particularmente «El Minotauro», ensayo fechado en 1930; «La Caída» (1956), su tercera novela; por fin, un libro de cuentos: «El Exilio y el reino» (1957).

Añadamos diversas adaptaciones y traducciones: «Los Espíritus», de Pedro de Larivey; «La Devoción a la Cruz», de Pedro Calderón de la Barca; «Requiem por una monja», de William Faulkner; «El Caballero de Olmedo», de Lope de Vega.

Casado en 1940, Albert Camus es padre de dos gemelos, un niño y una niña.



## El pensamiento filosófico de Albert Camus

### ALGUNOS EXTRACTOS DE SUS OBRAS MAS IMPORTANTES

**S**i este mito es trágico, es porque su héroe es consciente. ¿En que consistiría su pena, si a cada paso la esperanza de triunfar le sostuviera? El obrero de hoy trabaja, todos los días de su vida, en las mismas tareas y este destino no es menos absurdo. Pero sólo es trágico en los raros momentos en que él deviene consciente. Sisifo, proletario de los dioses, impotente y rebelde, conoce todo el alcance de su miserable condición: es en ella en lo que piensa durante la bajada. La clarividencia que debería hacer su tormento, consume al mismo tiempo su victoria. No hay destino que no se supere por medio del desprecio.

«...No se descubre el absurdo sin sentir la tentación de redactar algún manual de la felicidad... Eh, ¿cómo, por caminos tan estrechos?... Pero no hay más que un mundo. La felicidad y el absurdo son dos hijos de la misma tierra. Son inseparables. El error sería decir que la felicidad nace forzosa-mente del descubrimiento de lo absurdo. También ocurre que el sentimiento de lo absurdo nazca de la felicidad. «Juzgo que todo está bien», dice Edipo, y esta palabra es sagrada. Ella resuena en el universo feroz y limitado del hombre. Ella enseña que todo no está, no ha sido agotado. Ella expulsa de este mundo un dios que entró en él con la insatisfacción y el gusto de los dolores inútiles. Ella hace del destino un problema de hombre, que debe ser zanjado entre hombres.

Toda la alegría silenciosa de Sisifo está ahí. Su destino le pertenece. Su roca es su cosa. De la misma forma, el hombre absurdo, cuando contempla su tormento, hacer callar a todos los ídolos. En el universo de pronto devuelto a su silencio, las mil pequeñas voces maravilladas de la tierra se elevan. Llamadas inconscientes y secretas, invitaciones de todos los semblantes, ellas son el anverso necesario y el precio de la victoria. No hay sol sin sombra, y precisa conocer la noche. El hombre absurdo ha dicho: Sí, y su esfuerzo no cesará nunca. Si hay un destino personal, no hay destino superior, o por lo menos sólo hay uno que él juzga fatal y despreciable. Por lo demás, él se sabe el dueño de sus días. En ese instante sutil en que el hombre se vuelve sobre su vida, Sisifo volvía hacia su roca, en ese ligero movimiento giratorio, contemplaba esa sucesión de acciones sin vínculo que devenía su destino, creado por él, unido bajo la mirada de su memoria y pronto sellado por su muerte. Así, persuadido del origen completamente humano de todo lo que es humano, ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin, anda siempre. La roca rueda todavía.

«¡Dejo a Sisifo abajo de la montaña! Siempre reencontramos el peso que nos abruma. Pero Sisifo enseña la fidelidad superior que niega los dioses y levanta las rocas. El también juzga que todo está bien. Este universo ya sin dueño no le parece ni estéril ni fútil. Cada uno de los granos de esta piedra; cada astilla mineral de esta montaña llena de

noche, para él solo, forma un mundo. La propia lucha hacia las cimas basta para llenar un corazón de hombre. Es preciso imaginar a Sisifo dichoso.»

(De «EL MITO DE SISIFO»).

\*\*\*

«Al medio día, sobre las pendientes medio arenosas y cubiertas de heliotropos como una espuma que hubiesen dejado, al retirarse, las olas furiosas de los últimos días, yo miraba el mar que, en esta hora, se agitaba apenas con un movimiento fatigado, y satisfacía las dos clases de sed que no pueden burlarse mucho tiempo sin que el aire se seque, quiero decir amar y admirar. Porque sólo hay mala suerte en no ser amado; hay desgracia en no amar. Todos hoy morimos de esta desgracia. Es que la sangre, los odios, descarnan al propio corazón; la larga reivindicación de la justicia agota el amor que sin embargo le ha dado vida. En el clamor en que vivimos, el amor es imposible y la justicia no basta. Es por eso que Europa odia al día y sólo sabe oponerse a ella misma la injusticia. Pero para impedir que la justicia se endurezca, hermoso fruto anaranjado que sólo contiene una pulpa amarga y seca, redescubrí en Tipasa que precisaba guardar intactas en uno mismo un frescor, una fuente de alegría; amar el día que escapa a la injusticia y volver al combate con esta luz conquistada. Reencontré aquí la antigua belleza, un cielo joven, y media mi suerte, comprendiendo al fin que en los peores años de nuestra locura, el recuerdo de ese cielo no me había abandonado nunca. Era él lo que me había impedido desesperar. Siempre supe que las ruinas de Tipasa eran más jóvenes que nuestros tajos y nuestros escombros. El mundo recomenzaba en ellas todos los días en una luz siempre nueva. ¡Oh, luz! esté es el grito de todos los personajes colocados, en el drama antiguo, ante su destino. Este último recurso era también el nuestro, y yo lo sé ahora. En medio del invierno, aprendía al fin que había en mí un estío invencible.»

(«EL ESTIO»).

\*\*\*

«Mi asunto, en todo caso, no era el razonamiento... Era la lechuza roja, esa puerca aventura donde sucias bocas empujadas, anunciaban a un hombre encadenado que iba a morir y lo arreglaban todo para que muriese, después de noches de agonía durante las cuales esperaba ser asesinado con los ojos abiertos. Mi asunto, era el agujero en el pecho. Y me decía que en la espera, por mi parte por lo menos, me negaré siempre a dar una sola razón, ois bien, una sola, que justifique esta asquerosa carnicería. Si, elegí esta ceguera obstinada, en espera de ver claro. Después, no he cambiado. Hace mucho tiempo que siento vergüenza, vergüenza hasta morir



de ella, de haber sido, aunque sea de lejos, aunque fuese por buena voluntad a mi vez, un asesino. Con el tiempo, he comprobado simplemente que incluso aquellos que eran mejores que otros, no podían evitar hoy de matar o dejar de matar porque ello entraba en la lógica en la cual vivían, y porque no podemos hacer un gesto en este mundo, sin riesgo de hacer morir a alguien. Sí, he continuado teniendo vergüenza; he aprendido esto: que todos estábamos atacados por la peste, y he perdido la paz. La busco todavía hoy, intentando comprenderles a todos y no ser el enemigo mortal de nadie. Sé solamente que precisa hacer lo que es necesario para no ser más un apestado y que es esto sólo lo que puede hacernos esperar la paz, o una buena muerte en su ausencia. Es esto lo que puede aliviar a los hombres y, si no salvarles, por lo menos hacerles el menor daño posible, e incluso a veces un poco de bien. Y es por eso por lo que he rehusado todo cuanto, de cerca o de lejos, por buenas o por malas razones, hace morir o justifica que se haga morir.

Es por eso también por lo que esta epidemia no me enseña nada, sino que precisa combatirla a vuestro lado. Sé de ciencia cierta (sí, Rieux, lo sé todo de la vida, ya lo ve usted) que cada uno la lleva en sí mismo, la peste, porque nadie, si, nadie en el mundo, está indemne.

Lo que es natural, es el microbio. El resto, la salud, la integridad, la pureza, si usted quiere, son un efecto de la voluntad y de una voluntad que no debe detenerse nunca. El hombre honrado, aquel que no infecta casi a nadie, es el que tiene las menores distracciones posibles. ¡Y precisa mucha voluntad y mucha tensión para no estar nunca distraído! Sí, Rieux, es muy fatigoso no querer estarlo. Es por esto que todo el mundo se muestra fatigado, porque todo el mundo, hoy, se siente un poco apestado. Pero es por esto que algunos, que quieren dejar de serlo, conocen un extremo de fatiga de la que sólo les liberará la muerte.

Hasta ese momento, sé que no valgo ya nada para este mismo mundo y que a partir del instante en que he renunciado a matar, me he condenado a un exilio definitivo. Son los otros los que harán la historia. Sé también que no puedo aparentemente juzgar a esos otros. Hay una cualidad que me falta para ser un asesino razonable. No es una superio-

ridad. Pero ahora consiento en ser lo que soy, he aprendido la modestia. Digo solamente que hay sobre esta tierra plagas y víctimas y que es preciso, tanto como sea posible, renunciar a ser plaga.»

(De «LA PESTE»).

\*\*\*

«En la luz, el mundo sigue siendo nuestro primero y nuestro último amor. Nuestros hermanos respiran bajo el mismo cielo que nosotros, la justicia es viviente. Entonces nace la extraña alegría que ayuda a vivir y a morir y que nos negaremos a relegar para más tarde. Sobre la tierra dolorosa, ella es la cizaña constante, el amargo alimento, el duro viento venido de los mares, la antigua y la nueva aurora. Con ella, a lo largo de los combates, reharemos el alma de este tiempo y una Europa que no excluirá nada. Ni ese fantasma, Nietzsche, que, durante dos años después de su hundimiento, el Occidente visitaba como la imagen fulminada de su más alta conciencia y de su nihilismo; ni ese profeta de la justicia sin ternura que reposa, por error, en el rincón de los descreídos del cementerio de Highgate; ni la momia deificada del hombre de acción en su ataúd de cristal; ni nada de lo que la inteligencia y la energía de Europa han dado sin tregua al orgullo de un tiempo miserable.

Todos pueden revivir, en efecto, cerca de los sacrificados de 1905, pero a condición de comprender que se rectifican los unos a los otros y que un límite, en el sol, les detiene a todos. Cada uno dice al otro que no es Dios; aquí acaba el romanticismo. En esta hora en que cada uno de entre nosotros debe tender el arco para repetir sus pruebas, para conquistar, dentro y contra la historia, lo que ya poseía, la flaca cosecha de sus campos, el breve amor de esta tierra, a la hora en que nace al fin un hombre, precisa abandonar la época y sus furores adolescentes. El arco se tuerce, la madera grita. En la cima de la más alta tensión va a surgir el impulso de una flecha recta, con el más duro y más libre trazo.»

(«De «EL HOMBRE EN REBELDIA»).

Trad.: F. M.





## DIEZ CAPITALES

# BERLIN en otros tiempos

UNA NOCHE MAS, EN EL TREN



**B**RUSCO despertar. ¿Quién me empujó en el rincón? Balanceo, adelante y atrás; sacudidas, desde abajo, como un terremoto, y tengo que agarrarme a mi asiento, en este galope del tren, cuyo estrépito es como un rodar de rocas, como una caída de agua. Velocidad máxima, a media noche. Afuera, oscuridad maciza, apenas punteada de centelleos. Cuando el tren pasa por una pequeña estación, sin disminuir la marcha, saltando sobre las agujas, tengo—en el instante en que vislumbro el andén luminoso—la sensación de un deslizamiento en la nada. Parece que las ruedas se han desprendido de los rieles, que los anillos del dragón de hierro van a deshacerse. Una estación más, dejada atrás de una manera fulminante, como una imagen arrojada en la noche.

Recuerdo un título: «Le train fou», novela-film de Henry Poulaille, leída hace algunos años. Narración en estilo cinematográfico, en un ritmo brioso, sin descripciones; todo es movimiento y visión directa. Una nueva sensibilidad, quizá también una nueva poesía. Me complazco en vivir este «argumento», absurdo para los estáticos, pero lógico en esta hora de dinamismo desencadenado. El rápido, cuyos frenos nuevos no correspondían a su velocidad, ya no puede ser detenido. Corre a cien kilómetros por hora. Atraviesa las estaciones como un bólido. El drama se desarrolla, inesperadamente. Los maquinistas se dan cuenta, los primeros; luego los jefes de estación y, finalmente, los viajeros. Toda una red ferroviaria se convierte en un sistema nervioso, estremecido de pánico. No obstante, la catástrofe tiene que ser evitada. Los foguistas, que han sobrecalentado la locomotora, se empeñan en vaciar las brasas de sus entrañas. De una estación a otra, el telégrafo transmite la orden de la Dirección General: ¡vía libre! Y «el tren loco» pasa como un huracán con sus quinientos viajeros que esperan la muerte de un instante a otro. Por un milagro de prontitud y voluntad, la vía queda libre a lo largo de cientos de kilómetros, hasta que el monstruoso fugitivo es dirigido hacia una línea lateral, abandonada. Los maquinistas han logrado vaciar el horno y las cañerías. Y cuando el tren se ha detenido en fin, la victoria del hombre sobre la máquina—sobre la fatalidad mecánica—aparece simple, grandiosa. Pero también mezquina. Por ejemplo: uno de los viajeros, que hizo su testamento, lo rompe cuando el peligro ha pasado. Los otros vuelven al estado «normal», igual que los animales a su alimento y a su abrigo, después de los terrores del temporal. El hombre, en verdad, es una «máquina de olvidar»...

...Mi tren también disminuye su fuga, cerca de Bodenbach. En la penumbra, se puede divisar el valle del Elba. Es un encadenamiento de montañas cuya riqueza se adivina por las fábricas metalúrgicas y químicas, iluminadas por dentro, con el nombre de la empresa a lo largo de los muros. Aquí el Elba es pequeño, un canal estrecho, con orlas de hierba, paralelo al ferrocarril. Barcazas repletas, atadas al muelle, partirán al amanecer hacia Hamburgo.

En la frontera checo-alemana. Si en Bodenbach hemos esperado una hora, en Teschen tuvimos que aguardar dos horas en el inmenso salón ahumado del restaurante. Guardas y maquinistas vacían sus jarros de cerveza, charlando lánguidamente. Yo me quedo en esa soñolencia corrosiva, con mis pensamientos que se retuercen como las alimañas en sus agujeros. Pero en la aduana la revisión, muy meticulosa esta vez, me despierta. El empleado, un gigante vestido de verde y con las mejillas sonrosadas, hojea los montones de manuscritos y los folletos, abre las carpetas: estas «cosas» no se encuentran en las listas de tasación. Las ideas, para los aduaneros, son más «inofensivas» que los perfumes y las sedas.

Quiero sorprender los primeros paisajes alemanes. La noche es todavía compacta. Lo que se puede ver, es una prolongación del paisaje anterior. Otra vez el Elba, un poquito más ancho, con puertos minúsculos, con vaporcitos varados en medio del lecho. A veces las montañas se reflejan en el río, irreales, descompuestas. Pero la luz intensa del vagón me revela otra realidad, en otra atmósfera. Busco en vano una mancha, un rincón polvoriento. Las maderas, los metales lucen, centellean; parece que el vagón ha sido puesto a la circulación hoy mismo. Todo el tren es así. Limpieza que indica un sistema riguroso, una práctica tradicional. Meticulosidad. Orden. Hasta los viajeros parecen colocados cada uno con su número (el inspector del tren le pregunta inmediatamente si tiene asiento, y no tolera ninguna valija en el pasillo). La «raza» alemana—empleo esta palabra sin creer en la teoría anticuada de las razas—me ofrece aquí algunos ejemplares típicos: hombres macizos, aun si no son barrigudos, con dedos como salchichas y la nuca en dos o tres pliegues. Energía concentrada, y no dispersada por la derrota de la guerra, la paz draconiana, la crisis económica o la desocupación. La miseria está todavía mantenida a cierta distancia, como los lobos fascinados por el fuego. Todas las apariencias colectivas deben poner de manifiesto la voluntad de este pueblo para el cual la civilización, en combinación con el mito de la pureza de raza, del «Herren-



volk», es una realización disciplinada hasta en los portadores despreciados o ignorados por otros pueblos...

Mis manos me parecen algo tiznadas. Pero el lavabo no falta ni en este vagón de tercera clase, reluciente, con su espejo, su jabón, sus servilletas de tela o papel. Me lavé allí con más confianza que en ciertos hoteles; y (por algún capricho) pude afeitarme sin arañarme, porque la velocidad del expreso no repercutía en mis articulaciones: los frenos y los arcos del tren son, sin duda, de los más perfeccionados.

Son las cuatro de la mañana. Los viajeros duermen cómodamente. Recuerdo a esas figuras demacradas, los cuerpos abrumados, bajo la trémula luz de un pábilo, en los trenes, durante la guerra. Aquí puedo levantar la tabla de la mesita, al lado de la ventana, y escribo. Si no hago ahora apuntes, mis impresiones serán superadas en pocas horas por el exceso de nuevas impresiones; preparo también algunas cartas, para no quedarme con ningún asunto atrasado en ese Berlín que, pronto, va a sorberme con sus ventosas... Sobre mi hombro izquierdo, una leve presión. La cabeza de la joven mujer adormecida al lado mío se inclinó inconscientemente. Cabellos rubios, irisados. Y me quedo inmóvil, para no perturbar el sueño de la desconocida...

Bresda. Vasta estación, como un invernadero. El tren atraviesa la ciudad. Ojeadas rápidas a las calles perpendiculares, desiertas, luminosas en la proximidad, perdiéndose a lo lejos, en la penumbra. Las fachadas coloreadas, paralelas al ferrocarril, conservan las reminiscencias del estilo barroco, con frontones en espirales, con marcos sinuosos. He sorprendido a una ciudad en la hora de su sueño total, que precede la salida de los primeros camiones al trote de los caballos flamencos, y el traqueteo de los tranvías.

La sien suave sobre mi hombro me transmite el influjo de un confuso ensueño, en la melopeya interminable de las ruedas. Vigilia solitaria, consolada por esta especie de desdoblamiento, ignorado por la compañera de viaje que está aquí, al lado mío, por azar. Quiero descifrar su destino en el ritmo de la respiración, en los movimientos reflejos, en la *fisonomía* de la mano olvidada sobre las rodillas. Mano frágil sobre la cual advierto a veces pulsaciones y expresiones como si fuera un rostro. Un brazalete de oro en la muñeca, un minúsculo reloj pulsera: mi mirada sigue, hipnóticamente, la aguja que marca los minutos de lo transitorio terrestre... ¿He dormido yo también? ¿Algunos instantes, una hora? Como en un comienzo de mundo, las albas lívidas abren el horizonte en las masas de tinieblas y perfilan los árboles, las colinas, las casas aisladas en los campos. Un suspiro de ella, y la cabeza de la desconocida busca sobre mi hombro, como en una almohada, el hueco blando. ¿Duerme todavía? ¿De veras? Y cuento nuevamente los minutos. El cielo, por encima de la campiña, se vuelve sanguinolento. Las nubes bajas están orladas por los rayos que se reflejan en ellas antes de la salida del sol. Y cuando aparece, lentamente, el disco rojizo, mi ensueño nebuloso está atraído hacia esa luz todavía fría, intermedia, de la noche que se deshila y del día que vacila entre el cielo y la tierra. Fijo la mirada en este sol nascente, contento de que pueda contemplar sin pensar más. Y, pesadamente, sin quererlo, mis párpados se cierran...

El tren ya llegó a la estación. Me despierto de golpe.

Mi vecina ha desaparecido. A la salida, en el mismo instante en que quise subir en el autotaxi, ella se dirige hacia mí, con su franca sonrisa, con ojos limpidos, y me da un apretón de mano.

—¡Danke schön!... ¡Muchas gracias! y se alejó rápidamente, perdiéndose en las olas de los viajeros llegados con nosotros. Berlín me recibió con una sonrisa de mujer... Y el automóvil se deslizó por las calles todavía dormidas, a lo largo de Spree, rodeando las plazas monumentales. Grandeza cenicienta, granítica; perspectivas rectilíneas, geométricas. Cuando paso bajo el puente del tren interurbano, cerca del Zoológico, los colores se aclaran, las fachadas se sobreponen como en una película y, después de una curva hacia el Kurfürstendamm (triple arteria del Oeste, el tranvía deslizándose sobre una limpia y fresca faja de césped por encima del tren subterráneo, entre dos bulevares paralelos) llego a la calle Meinecke.

Un portal de palacio de los tiempos del antiguo régimen. El rótulo comercial está casi oculto, en un rincón: «Pallas Petroleum Gesellschaft». Escaleras de mármol, alfombras mullidas, puertas cinceladas, ornadas de esculturas. Los negocios se han instalado en grandes habitaciones con altas ventanas entre cortinas pesadas de terciopelo, y cuyo cielo raso ostenta pinturas alegóricas. La encargada del edificio me asegura que la dirección es exacta: Leoncito, mi viejo amigo, vive aquí. El apartamento es bastante amplio para las oficinas y la residencia... Espero algunos minutos en un gabinete de apariencia ministerial. Sobre las paredes, mapas de las regiones petrolíferas de Rumania. Fotografías: la erupción en llamas de Moreni (parecía que nunca va a apagarse); silos, tanques, barcos en el puerto de Constanza, refinerías en Ploesti. Diagramas: la producción mundial en zig-zag, entre cifras, toneladas, valores, cotizaciones. Los «trusts». Las nuevas dominaciones que reivindicán sus mercados, que provocan disturbios, crisis económicas y hasta guerras para sus intereses continentales. Reyes anónimos que mandan a los jefes de Estado, despiden y cambian a los gobiernos como si fueran, meramente, unos empleados suyos.

Leoncito, en pijama y la cabellera enmarañada (¡tanta que le queda!) me sorprende hojeando un tratado sobre la bencina y la parafina:

—Sabía que ibas a llegar, pero no me indicaste la hora, ni la estación. Yo volví anoche de Stettin, de la inspección de nuestra agencia en este puerto. La encargada me despertó a tiempo; dentro de una hora tengo una cita con el director general de la Sociedad, de paso por aquí, desde París hacia Rumania. ¡Negocios, negocios, siempre negocios! Por eso me mandaron aquí, de Bucarest, que me parece ahora un refugio patriarcal. Allí, los negocios se pueden tratar sin prisa, entre un cafecito y un vaso de vino...

—Pero, ¿cuándo duermes en este Berlín, cuándo comes, cuándo vives?

—Berlín se ha americanizado. ¡Fíjate qué puede salir de una cultura ya vieja emparejada a una máquina ultramoderna! Taylorismo, standardización. Rendimiento máximo, en una tremenda competición bajo el terror de la Bolsa y la Revolución... Pero no has venido aquí para oír las conferencias de un negociante de petróleo. Descanse, como en su casa...

—Prefiero darme ahora una ducha. Quiero limpiarme del polvo y hollín acumulados en cinco capitales europeas...

Cuando salí del baño—una pileta de lozas verduzcas—

\*\*\*



me creí reanimado, listo a caminar a través del Gran Berlín. Pero, apenas acostado en el diván, entre un piano hídrico y la radio con millares de voces del planeta, el sueño se apoderó de mí, insensiblemente, astuto como un ladrón. Me hundí en sus reinos sin fronteras, en sus sombras balsámicas, renovadoras. Cuando me desperté, el día había pasado como instante. El crepúsculo se filtraba a través de las cortinas, extraño, prematuro, como algo supranatural para nosotros, los viajeros que queremos anular el tiempo y convertir el día y la noche en una «pintoresca» sucesión de imágenes y sensaciones de la vida en su perpetuo devenir.

#### BERLIN-OESTE, 1930

De noche, en el Oeste berlinés. Diez años antes, recorrí el mismo Kurfürstendamm cuando visité al profesor Nicolai. Por aquel entonces, la avenida estaba tranquila, con sus fachadas suntuosas, ocultas en parte por las cortinas de los viejos árboles. Entre esas fachadas de varios estilos clásicos y sus verjas al borde de la vereda ancha como una calle, persistía todavía el intervalo florido de los pequeños jardines, con portones, marquesinas de hierro y cristal, escalinatas sobre cuya balaustrada estatuas de mármol o de bronce esbozaban el gesto del silencio confortable, del ensueño, del ocio o de la jerarquía aristocrática.

Hoý día, los enrejados han desaparecido. Los pequeños jardines se convirtieron en aceras de mosaico, al lado de las asfaltadas. Las plantas bajas, algunas medio enterradas, abrigan ahora tiendas de lujo, con escaparates al nivel de la calle. Cubos y columnas de vidrio reemplazan las flores de antaño, exhibiendo algunos «modelos exclusivos»: —un sombrero, un par de zapatos de baile, sedas, brazaletes y joyas—deteniendo a los paseantes y atrayéndolos luego, insensiblemente, hacia las vidrieras interiores, arregladas diestramente, en el juego de espejos y luces filtradas como en un escenario. Pero las tiendas, cada vez más numerosas, subieron en los pisos; y los escritorios, por encima de ellas. Los viejos edificios, si no han sido demolidos, son ampliados y ajustados para las necesidades del comercio y de las finanzas. En algunos sótanos se han instalado restaurantes «exóticos». Una «hostería gitana» muestra su emblema colocada sobre un zócalo: una gran marmita colgada de un trípode, encima de un montón de brasas eléctricas. Los cinematógrafos, con sus corazas incandescentes, con títulos fluorescentes, alternan con las terrazas de los cafés y bares, fastuosos salones para la muchedumbre elegante de los turistas y los hombres de negocios llegados de todos los continentes.

El Oeste se ha convertido en el centro cosmopolita, despreciado por el auténtico berlinés (porque es inaccesible para su billetera casi agotada) o aborrecido (porque él ve allí el remolino de las cotizaciones de Bolsa, de las vanidades y humillaciones políticas, pero también de las ascensiones postbéticas tan codiciadas por la burguesía empobrecida, por la nobleza destronada y hasta por la multitud que ya no está satisfecha con las charangas dominicales y los jarros de cerveza en los barrios periféricos). El «Vaterland Café» se ha transformado en una gigantesca colmena de nacionalidades—según la ingeniosa distribución de Kempinsky, el dueño de la casa—pueden encontrar en pequeñas salas laterales, con ornamentación específica, con música, danzas y cocina autóctonas, las ilusiones de la patria abandonada.

Los espejismos eléctricos han modificado también la fisonomía arquitectónica. Fachadas encuadradas por líneas vibrantes, verdes, azules, rojas, como inmensos tableros en los cuales apenas son toleradas las ventanas de los viejos apartamentos. En el cielo neutral, provisorio como un decorado de teatro, constelaciones mercantiles se encienden y se apagan, repitiendo hasta la hipnosis y el disgusto el nombre de una celebridad del momento o la marca de jabón, de una champaña o de un cepillo de dientes. Encima de una plazoleta, otras tuberías incandescentes dilatan verticalmente, en el oscuro azul de la noche, los cuadrados dorados de una «tienda universal». Sobre discos giratorios, maniqués de apariencias distinguidas, pero cuyas caras parecen modeladas por unos dedos dementes, exhiben las últimas «creaciones» de la moda. Sorprendo en los ojos de algunas mujeres detenidas ante las vidrieras esa codicia insaciable por el lujo, esa enfermedad de la coquetería que lleva al comercio carnal, a la prostitución del alma y de la conciencia. Los transeúntes se agolpan ante los automóviles expuestos en salones adornados con plantas tropicales y comentan, sin duda, la línea nueva de la carrocería, las perfecciones del motor y sus repuestos niquelados. El dios de la Velocidad está allí, con todo su orgullo y prestantia vertiginosa.

En la avenida, el tráfico es trepidante, pero disciplinado; en las encrucijadas, el agente llegó a ser inútil, porque las señales coloreadas de las lámparas colgadas dirigen los vehículos con una autoridad absoluta. La luz roja—y de las calles laterales avanzan los automóviles aglomerados; la luz verde—y los tranvías se deslizan sobre la faja de césped, dejados atrás por los coches relucientes; la luz amarilla—y los peatones se apresuran a cruzar la calle, entre las blancas líneas trazadas sobre el asfalto...

En la aureola de las fachadas encendidas, una iglesia, la Gedächtniskirche, persiste, fantasmal, con sus contornos romanos: una isla de silencio en medio del río crecido del tránsito, del estrépito de tantos motores y de las monosílabas estridentes de las bocinas. Esta iglesia no era todavía arrasada de la plaza, para librar—decían los «urbanistas»—la perspectiva de la avenida de su obsesión casi medieval. En proximidad, apenas algunos pasos más adelante, centellean las luces de los bares y, por sus centenares de ojos, guiñan las «boîtes», llaman los «variétés». La estación del ferrocarril del Jardín Zoológico se sacude y ruge por encima de las calles, con sus truenos interurbanos y los expresos internacionales. Enfrente, en el inmenso jardín, también iluminado, la fauna del planeta está en sus jaulas, sus cercados y toda clase de abrigos que quieren imitar el ambiente natural. Y no falta allí un salón de baile, entre leones e hipopótamos, para colmar las sensaciones de los noctámbulos y neuróticos.

En este barrio, tan sosegado hace unos diez años, las bacanales invadieron con su batahola frenética. Las calles que llevan el nombre de Goethe, Kant, Herder y otros clásicos de la cultura alemana, están abrasadas por la misma fiebre del modernismo devorador: bares automáticos, dancings, tabernas, casas de juego, prostíbulos..., casas de modas, baños turcos, institutos de belleza..., Bolsas de todos los vicios. En las esquinas, el paseante desprevénido es solicitado a menudo por esos seres acicalados, machos afeminados y hembras atrevidas que le proponen, sin vacilar, un alto en el «Eldorado»—paraíso de abyecciones disfrazadas—o una sesión de «esasmología» e inversiones refinadas, dosificadas de conformidad a los honorarios.



Por fin, entro en un cinema. Quiero ver una de las primeras películas sonoras: «El otro». La doble conciencia del fiscal Haller, apache durante la noche y juez implacable al día siguiente, condenando a sus compañeros de saqueo y orgías, a quienes ya no los reconoce. La pieza, a pesar de ser un poco anticuada, tiene un significado actual. El ciudadano moderno, aun si no es un anormal como Haller, ¿no tiene, acaso, también él, una doble conciencia, escurriéndose entre los imperativos de la moral social y las voluptuosidades agotadoras, entre las cobardías de una reputación honorable y el delirio de vanidades y deseos en la feria nocturna de una civilización decadente? No cabe duda de que la perfección exterior de esta civilización, superpuesta a la modestia popular y a la miseria—como las flores venenosas surgidas del exceso de podredumbre—, no puede embaucar al viajero que quiere ver más allá de las apariencias. La civilización europea está en su apogeo, pero también al margen del precipicio. Para no ver más los peligros que están al acecho, allí, en el fondo, con las fieras de la venganza y los castigos de la humillación que vuelve a comenzar las penas de la vida, esta civilización se pavonea, rodeándose de las ilusiones del lujo y la lujuria, desafiando la eternidad con los aullidos de los negros de frac, con los gritos histéricos de las hembras casi desnudas, pero centelleantes de diamantes...

En el Oeste proteico de Berlín, la verdadera cultura alemana, espiritual y universalista: la de Goethe y Novalis, de Schopenhauer y Hölderling, de Fichte, Lessing y Schiller, está invadida por las hordas del Progreso, del éxito artificial y de la riqueza cínica. La verdadera Alemania, sin la coraza del orgullo de raza y del imperialismo político-militar, conserva, en rincones que deben ser descubiertos, sus valores reales, sus energías constructivas, sus posibilidades de organización y pacífico desarrollo. La República, todavía joven, no está acostumbrada ni con la libertad cívica, ni con los impulsos revolucionarios. Es una confusión de gestos grandilocuentes y de arreglos vulgares, de personajes arcaicos, de aventureros sectarios y aprendices del asesinato. Entre las ruinas monárquicas—algunas columnas quedan intactas—y los nuevos fundamentos del pseudosocialismo, persisten esos terrenos baldíos donde los saltimbanquis se apresuraron a levantar sus toldos multicolores, donde los traficantes de los vicios y los salvadores embusteros llevaron con ellos las pandillas de mercaderes, de fulleros y de invertidos políticos... En algunos años, el Oeste berlinés se ha convertido, de este modo, en un vasto campo del americanismo que levanta y derriba a los ricachos y las celebridades prefabricadas. Existe en todas las capitales un «Oeste» que absorbe el vivir de los cuerpos humanos

y desparrama las riquezas con esas fascinantes ruedas de la Suerte, en esos torbellinos del azar y del olvido, en esa batahola de la voluptuosidad que arrastra—en una atmósfera de embriaguez y delirio—hacia el suicidio colectivo, hacia la disgregación de una sociedad que no quiere y no puede renunciar a sus antiguas idolatrías y que tiene miedo de la esfinge de los días venideros...

En esta medianoche, la muchedumbre hormiguea febrilmente, en plena luz. En vez de disminuir, el tráfico se hace más intenso. Los bares, los cafés y las tabernas están llenos de gente. No hay más un lugar donde sentarse. Los paseantes se detienen ante los escaparates relucientes, para contemplar—si todavía no pueden poseer—las excentricidades de la moda, las nuevas tentaciones del Superfluo. Cuando vuelvo a la calle Meinecke, resuelto a acostarme y dormir durante esta aullante iluminación de feria callejera, encuentro en el vestíbulo al amigo Leoncito. Acaba de recibir por teléfono, noticias de parte de sus agencias en los puertos. Me lleva consigo al correo de la estación del Zoológico. Debe entregar, sin falta, algunos telegramas: órdenes de venta, cuotas de distribución, pedidos apremiantes. Nadie está ahora en su oficina, ni en su residencia. La encargada del edificio, el ama de llaves, la camarera, salieron ellas también, en este sábado de tarde, hacia sus pequeñas aventuras o sus nostalgias familiares. Recorrimos otra vez la avenida frenética, encandilados por el diluvio de luces que palpan, parpadean, estallan, se apagan para volver a encenderse en todas partes. Nuestro diálogo es cortado por bocinas imperiosas, por carcajadas de alegría, por estribillos cacofónicos y por la música desenfrenada de la borrachera pública. Y cuando Leoncito esperaba su turno en la ventanilla de Correos (pues allí también la gente hacía fila) he sentido esa esclavitud disfrazada de la civilización mecánica, del tráfico mundial que arranca de su cama al director de una empresa por la distribución del petróleo y lo hace correr hacia la oficina telegráfica. Los negocios son siempre negocios. No quieren saber nada del tiempo y el espacio: un pequeño atraso puede rebajar la cotización de los «títulos de renta».

—He ahí el dios moderno: la Sociedad Anónima, el tirano sin cara, pero con mil ventosas y garras hundidas en la carne de los seres humanos, jadeantes bajo sus penas, sus deseos o sus pasiones...

Y el suspiro de Leoncito se perdió en el triquitraque de los aparatos conectados a los cables que abarcan el mundo, como las redes de monstruosas arañas, nunca saciadas.

Eugen RELGIS





## POSTAL GALAICA

# CAMILO JOSE CELA EN GALICIA



**E**l ilustre novelista español — sin duda alguna, el mejor de los últimos veinte años, y recientemente nombrado académico de la Española de la Lengua — Camilo José Cela Trulock, realizó hace algún tiempo un periplo por su Galicia natal, dando conferencias. No una en cada punto donde actuó, sino las tres que llevaba preparadas, repitiéndolas. Claro que a esto no hay que darle mucha importancia, porque todos los escritores españoles se prodigan en forma parecida.

Pero lo importante de Camilo José Cela, que no aportó nada sobre los temas que leyó públicamente, aunque si los explayó con su característica habilidad e ingenio, es que el autor de «La familia de Pascual Duarte» fue agasajado en la gran ciudad atlántica de Vigo por la asociación de periodistas locales. En torno a él se reunieron más de dos docenas de intelectuales, artistas plásticos y simpatizantes de la literatura que, entre sorbo y sorbo de «Centenario Terry», y cebada disfrazada de café le sometieron a un tormentoso interrogatorio que el homenajado contestó como pudo y como supo...

Camilo José Cela, llevaba barba y abundosa melena. Nos pareció este Camilo de ahora un tanto agotado; no un Camilo estereotipado de fotografías, y presentaba arrugas demasiado profundas para sus cuarenta años, que surcaban su frente. Habla con voz bien impostada, quizá con un efecto teatralista estudiado, a lo mejor, para leer su discurso de ingreso en la Docta (?) Casa..., quizá por snobismo.

Entre las cosas que dijo Camilo José Cela, a los circundantes de su figura en un amplio salón del hotel donde se celebró el coloquio, pueden señalarse las siguientes:

—Vivimos en el siglo de la pillería. La pillería del ambiente en que se desarrolló el Buscón quevediano, en nada se diferencia de la actual si no es en la vestimenta y en que está corregida y aumentada. Claro que en los únicos países en que hay pillos es en Italia y España, y algunos en Francia. ¿Por qué? Sencillamente porque esos países son católicos; el catolicismo entraña humanidad y conmiseración. Y los pillos sólo viven al socaire de esas virtudes.

Preguntado sobre la novelística actual española, Camilo José Cela dijo que no le importaba nada y que no citaba

nombres por no herir susceptibilidades. (Hizo bien, en nuestra opinión, el joven académico. Y además no hay nada que merezca la pena).

Acerca de otra pregunta en la que se inquiría de él por qué no colaboraba en los periódicos, Cela aseguró que no lo hacía porque él no podía limitarse a doscientas o trescientas líneas, y luego estar expuesto a que su trabajo quedara fuera de las planas para dar paso a las informaciones deportivas.

Preguntado acerca de qué pensaba hacer en la Academia, el autor de «Andanzas del nuevo «Lazarillo de Tormes», dijo que por ahora pensaba oír, ver y callar.

Camilo José Cela, piensa escribir tres novelas sobre Galicia, «que no se han escrito y que son la del Valle, la del Río y la de la Montaña. Se le preguntó fecha, pero él no escribe a plazo fijo.

«La catira», narración de ambiente venezolano y que tanto revuelo armó cuando su publicación, fue citada en dicho coloquio, pero Camilo no quiso contestar a nada sobre ello.

\*

Camilo José Cela fue obsequiado también con varios banquetes y en uno de ellos se rompió un plato en la cabeza, alcanzando uno de los trozos a cierto anfitrión que llevará la señal de Camilo — tremendista, pero menos sanguinario que la del «Zorro» de las películas — para toda su vida.

Luego el académico se fué a Padrón, su tierra natal, recordó tiempos idos, conferenció también allí — sin aportar desde luego, nada nuevo — y regresó a Madrid, dejando tras sí ecos de los más diversos tonos.

Hay quien dijo que los que fueron a escucharle eran unos badulaques, otros le apostrofaron de imbécil y algunos, muy pocos, dijeron que era un hombre de talento... La posteridad, creemos, es la encargada de juzgar. Porque hoy en día, cuando toda conversación periodística, por parte del entrevistado, está llena de retruécanos, de demagogia literaria de la peor especie y de frases hechas para «jugar al escondite» con las palabras, nadie está llamado a criticar nada, porque en realidad, nada que merezca la pena de ser criticado se hace.

Por la transcripción,

Galicia, 1957.

GOY



# LOS ANARQUISTAS

POR SEBASTIAN FAURE

## QUIENES SOMOS

Se conoce poco a los anarquistas; se les conoce mal.

Hace algunos días, yendo en tranvía escuché la conversación de tres personas que ¡ay! hablaban con el acento de la onvicción:

«Esos individuos son bandidos; son capaces de todo; no tienen escrúpulos ni piedad. Pretenden servir a un soberbio ideal. Mienten. En realidad sólo sirven a sus bajos instintos y a sus violentas pasiones».

Y quien hablaba así era un obrero, y los otros dos, que aprobaban, eran también trabajadores.

Es el sino de todos los portadores de antorcha, ser abominablemente calumniados y perseguidos; es el sino de todas las doctrinas que atacan los prejuicios y las instituciones, a trueque de ser desfiguradas, ridiculizadas y combatidas, empleando las armas más péfidas.

Pero es deber de los anunciadores de la nueva Verdad destruir la calumnia y oponer la verdad a la mentira.



Ante todo ¿quiénes somos?

Se tiene de los anarquistas, como individuos, una idea muy falsa.

Unos nos consideran como inofensivos utopistas, agradables soñadores; nos tratan de espíritus quiméricos, de imaginación extravagante, como si dijéramos semilocos. Estos digna considerarnos como enfermos que las circunstancias pueden convertir en peligrosos, pero no como malhechores sistemáticos y conscientes.

Otros nos juzgan de muy diferente manera; piensan que los anarquistas son brutos, ignorantes, plenos de odio, violentos y dementes, contra los cuales no se podría precaver demasiado ni ejercer una opresión bastante implacable.

Unos y otros están equivocados.

cindible romper, se llama Sociedad Capitalista y autoritaria. ¿Quién podrá destrozarla? La contestación es fácil. El llamado a romper el círculo es el proletariado, la clase obrera, la eterna víctima.

Ahora más que nunca, queridos camaradas, es necesario recordar la declaración de la Primera Internacional: «La emancipación de los obreros será obra de los obreros mismos».

Oído bien; repito nuevamente lo que dijeran los fundadores de la Primera Internacional: «La emancipación de los obreros será obra de los obreros mismos». Esto quiere decir que la libertad no será obra de un Mesías, de un Tribuno, de un Partido, de un Parlamento o de un Estado determinado, sino de exclusiva incumbencia de los propios trabajadores, agrupados, unidos y reunidos en la única organización de la clase llamada «Sindicato».

Sí, no cabe duda, la salvación está en el Sindicalismo; pero no en un sindicalismo que se inspire en el interés general. Porque no hay interés general, sólo existen intereses opuestos: el interés del patrono es opuesto al del obrero, el del vendedor contrario al del comprador, el del propietario al del inquilino. De alto a bajo de la escala social hay un constante dualismo de intereses. Por tanto, no puede existir, un interés general.

La salvación tampoco la hallaremos en un sindicalismo que constituya una especie de aparato económico adaptado al Estado burgués y fortificándole; sino por el contrario, en un sindicalismo refractario a cualquier adaptación de este género.

La emancipación no la alcanzaremos tampoco con un sindicato de timidas reivindicaciones parciales; sino en un sindicalismo que exija e imponga audaces y fundamentales reformas.

No se trata, en modo alguno, de adherirse a un sindicalismo que procure arreglar y organizar el trabajo con normas capitalistas; sino de afiliarse a aquel que esté resuelto a organizar el trabajo en bases diametralmente opuestas, tanto por lo que atañe a la producción como al consumo.

Finalmente, no podemos confiar en un sindicalismo que trate de prolongar y salvar al régimen; sino en aquél que labora para precipitar la caída burguesa y asegurar el derrumbe total de dicho régimen.

Esta obra, que me escucháis, ha de ser hija de vuestro esfuerzo. Esta obra, que es magnífica y apasionante, es la única que puede ser fecunda y capaz de aportaros la liberación.

¡Despojáos de vuestra indiferencia! ¡Poned término a vuestras divisiones intestinas! ¡Realizad cuanto antes vuestra unidad; libertad al trabajo y emancipáos vosotros! Fundad, por medio de cordialidad e inteligencia, un mundo nuevo. ¡Entonces habrá desaparecido el paro forzoso!

En una Sociedad donde el trabajo ocupe el lugar que le corresponde, cuando haya cantidad excesiva de productos con que subvenir a las necesidades de la vida, veréis avanzar hacia vosotros, abiertos los brazos, ofreciéndoseos enteras, íntegras, las horas destinadas al descanso y a la cultura. En lugar de veros reducidos a la mísera situación en que se hallan actualmente los sin trabajo, gozaréis entonces, durante un tiempo,



del necesario reposo y de los ocios indispensables, saborearéis el placer y la alegría que proporciona cultivar la propia inteligencia, robustecer la voluntad, esculpirse una personalidad más vigorosa, más fuerte y digna, en una palabra, mejor y más hermosa.

Y todo esto tendrá lugar para dirigiros hacia la meta, para acercaros siempre más a esa Sociedad de bienestar y libertad que anhelamos. Es así como iremos instaurando cada vez mayor bienestar y más amplia libertad para todós.

¡Será, finalmente, el ideal anarquista convertido en dulce, bienhechora y fecunda realidad! (*Grandes y prolongados aplausos.*)

F I N

hay en las entrañas de la tierra bastantes piedras para construir edificios que abriguen a todo el mundo, y de la otra parte, hay entre los hombres brazos vigorosos que pueden arrancar de las entrañas de la tierra materiales con los que se han de edificar los palacios del porvenir. Todo esto no es utopía.

La utopía, por el contrario — utopía criminal, monstruosa — es la de querer detener la Humanidad en su eterna carrera, la de querer que las formas sociales de la hora presente sean las formas definitivas, como si las formas sociales no perteneciesen a la inmensa corriente que arrastra todo hacia un eminente porvenir; como si hubiere alguna cosa en el Universo que pudiera detenerse! La Humanidad marcha; está en vía de transformación; detrás de nosotros, en el pasado, tenemos las tinieblas, la ignorancia, la ferocidad, la esclavitud y la miseria; delante de nosotros, al contrario, en el porvenir, tenemos la belleza, la sabiduría, la bondad, el bienestar y la libertad.

Por la conquista de este magnífico ideal trabajáis vosotros todos. ¡Trabajemos, compañeros, ahora más que nunca!

S. FAURE.

F I N



Y aquéllos que al principio estuvieron decididos a un movimiento de pasividad, comprenderán bien pronto que no es la hora de la resignación; que morir por morir, vale más morir como un hombre defendiendo sus derechos, antes que morir de hambre como un perro a la orilla de un camino. No tengo necesidad de deciros que esto ocurrirá, y no gracias a las excitaciones de algunos agitadores ni a la elocuencia de algunos oradores, ni a la influencia o autoridad moral de algún tribuno, sino a una fuerza mucho más poderosa: la fatalidad de las cosas. La expropiación será brutal, pero completa y definitiva.

Este es el árbol que entrevemos, que hemos plantado y que los congresistas riegan hoy con el dolor fecundo de su trabajo; todos los que sueñan con un porvenir mejor lo consideran como el árbol destinado a producir frutos de vida, reemplazando los frutos muertos que estamos obligados a comer cada día.

## HACIA LA DICHA

Esta será la edad dichosa y nosotros conoceremos entonces la dicha, no viéndonos obligados a exclamar como hoy: «Sufrimos y queremos evitarlo; somos desgraciados y queremos la alegría; nuestras lágrimas corren y queremos que los rostros se iluminen con una serena sonrisa».

Entonces no conoceremos otras lágrimas que aquellas que la Naturaleza arroje fatalmente sobre nosotros. Las otras fatalidades reconocidas por la experiencia, habrán desaparecido arrastradas en el gran torbellino que desarraigará los árboles seculares, Religiones, Patrias, Estados.

Yo sé muy bien, que cuando se habla de este magnífico ideal, somos calificados por las gentes que se llaman serias y que toman un aire solemne y grave, de soñadores, de utopistas, de espíritus quiméricos. ¡Es curioso ver con qué piedad desdeñosa, en ciertos ambientes, menos preparados que este, con qué encogimiento de espaldas, con qué sonrisa sarcástica se nos acoge y se nos dice: «Sí; vuestras ideas son muy bellas, pero no constituyen otra cosa que un sueño».

Una cosa, o más bien dos, tenemos para responder: la primera es que la realidad es bastante dolorosa para que — aunque sólo producto de imaginación — busquemos de apartarla; la segunda es que en todos los tiempos, las realidades de hoy habrán sido las utopías del ayer; verdad que nos autoriza a declarar, sin asomos petulantes que la utopía de hoy será la realidad de mañana.

No hay otra cosa utópica que lo contrario a la razón, y lo contrario a la razón es imposible. Y no es contrario a la razón pedir que todo el mundo coma si tiene hambre, una vez que sobra para que todo el mundo pueda nutrirse; pedir que todo el mundo se vista, una vez que la Naturaleza produce las materias textiles suficientes. No es locura pedir que todo el mundo sea alojado, una vez que, de una parte

## HACIA LA DICHA

Se os ha anunciado, compañeros, una conferencia. La expresión es más bien exagerada; a pesar del número considerable de oyentes reunidos en esta sala, estamos entre amigos, y creo que el tono familiar de la conversación conviene a una asamblea de este género más que el tono un poco enfático de la conferencia. De una manera, pues, sencilla, familiar, propia de la amistad, voy a hablaros esta tarde.

Nada diré de vuestras miserias. No veo ante mí más que trabajadores. Su vida de sufrimientos me guardaré muy bien de describir; sus agonías, la ansiedad del mañana, la incertidumbre constante en que viven, la explotación de su trabajo, las humillaciones que padecen son martirios por vosotros demasiados conocidos. Y yo, burgués, venido a la revolución sin haber tenido la desgracia, por mi nacimiento más afortunado, de vivir estos dolores, evitaré evocarlos ante vosotros.

A la ciega no es necesario decirla: ¡Qué bella es la luz y qué desgracia que tus ojos no la aperciban! Tengo la convicción de que sufre por su ceguera de tal modo que no es preciso agregar palabras de conmiseración a su sufrimiento. Pero es útil decir a aquel que sufre: «He aquí el origen de tu mal, el remedio y el modo de aplicarlo».

Voy, pues, a buscar con vosotros de una manera lo más escueta, sencilla y breve posible: primero la acusa del mal que os abrumba; segundo el remedio que puede curarlo; tercero el modo de aplicar este remedio.

## LA ACCION DIRECTA

La causa de vuestro mal es bien conocida, es la organización social; esta organización inícuca, incoherente, en la cual el Trabajo, productor de toda riqueza, creador de toda fortuna, está bajo la dependencia completa del Capital parasitario. No solamente nada es *al* trabajo en la sociedad presente, no solamente todo es *al* capital, sino que todo es *para* el capital en el sentido que todas las convenciones e instituciones actuales (Estado, justicia, ejército, familia, religión) están consagrados a la defensa del régimen capitalista.



Un día en el curso de una de mis conferencias, explicaba de la manera siguiente el concepto particular que tengo de la sociedad presente. Hay en la sociedad actual tres malhechores... y cuando digo tres malhechores, entiendo tres malhecores tipos, cada uno de ellos representante de fuerzas considerables y de un número importante de individuos, de millares, de centenares de millares, repartidos por el mundo; el primero es el ladrón, el segundo el impostor, el tercero el asesino. El ladrón, aquel que toma de nuestros bolsillos; el impostor, aquel que cubre el rostro con el velo de la mentira; el asesino, aquel que cuando es robado quiere rebelarse, interviene y mata.

El primero es el capitalista, el segundo es el político, representante de la providencia terrestre, y el cura representante de la providencia celeste; el tercero es aquel que mata, el hombre de fuerza, el hombre de bestialidad y de violencia, el guerrero, el soldado. Estas son las fuerzas que se combinan y que contribuyen a cada instante y bajo todas las formas a vuestra miseria, a vuestra ignorancia y a vuestra servidumbre. Es la tiranía reaccionaria, contra la cual es indispensable luchar.

Pero todo esto es conocido, archiconocido ¡ay! demasiado conocido, y es banal decir que el mal que vosotros sufrís, camaradas del trabajo, es la organización social. Casi todo el mundo está de acuerdo sobre este punto.

## EL REMEDIO

Todos estamos de acuerdo en que la sociedad está mal constituida, y es necesario ser ciego, y ciego voluntario, para no reconocer la exactitud de esta opinión; pero ¿y el remedio?... puede que sea menos fácil de descubrir.

El remedio, compañeros, es igualmente conocido. Hoy no estamos ya en aquellos tiempos en que se buscaba remediar por pequeñas dosis, un contrato social reconocido como malo. Esta inmensa construcción, este edificio en el cual los unos poseen las habitaciones más agradables, con luz, calor y toda suerte de comodidades, y los otros son implacablemente relegados a vivir en los sótanos y graneros, se encuentra imposibilitado de sufrir nuevas reformas. No es practicando un agujero aquí, una escalera de servicio allá, una puerta escusada en otra parte, es decir, por pequeños medios, como ha de hacerse habitable lo que pudiendo ser un palacio no es más que un zaquizamí. Para servirme de una expresión trivial os diré que la sociedad actual es comparable en un viejo par de zapatos incapaces de una nueva compostura; han sido tan a menudo remendados que hoy el cuero está roto y los elásticos destruidos, siendo imposible una nueva reparación. Este par de zapatos han podido durante un número de siglos convenir a la humanidad que tenía los pies muy pequeños, pero hoy la humanidad ha crecido, el niño se ha transformado en adulto, y estos zapatos le asesinan.

rioso, la insurrección triunfante sin un mañana. La Revolución es la transformación completa de la sociedad, es el fin de la historia de vergüenzas y dolores que vivimos, y es el comienzo de una nueva historia de dignidad y de alegrías.

## LA HUELGA GENERAL

La clase obrera, organizada sobre el terreno económico, verá el fin de todos sus esfuerzos en esta fórmula nueva que hemos llamado *la huelga general*. La huelga general es simplemente local si se extiende a una villa o región, y es corporativa si no abraza más que a los obreros de una sola corporación. Estas huelgas son impropriadamente calificadas de huelgas generales. Pero el día de mañana en que las ciudades sean sumidas en la obscuridad y los caminos de hierro no transporten ni una mercancía, ni un viajero, y los empleados de correos, telégrafos y teléfonos impidan todas las comunicaciones a distancia, y los que hacen el pan se crucen de brazos, y los que construyen las casas no quieran manejar las piedras, y los que tejen los vestidos rehusen hacer marchar las máquinas, en una palabra, que todos los que producen y fomentan la riqueza social declaren que no quieren sufrir más, entonces será la Huelga General, la revolución y la muerte del Poder.

Cuando una huelga estalla en un reducido lugar o pueblo, es en vano que aquéllos que la han declarado muestren una energía indomable, pues el enemigo puede reconcentrar todas sus fuerzas allí donde se observan las sacudidas de la huelga.

Pero si en vez de un foco de huelga, aparecieran diez, veinte, ciento, mil, el poder veríase sorprendido y perturbado, la excitación se manifestaría en todos los espíritus, la efervescencia invadiría todos los cerebros estimulando las voluntades a dormir sobre el campo de batalla seguros de que esta vez la partida sería decisiva.

Sin contar, compañeros, que aquéllos que hubieran dicho a sus amigos: «Declaráos en huelga; el solo hecho de cruzaros de brazos será vuestra liberación, sabrían muy bien, algunos días después que los brazos se descruzarían solos. Y no es esto una predicción sin consistencia, es la evidencia misma que salta a nuestra vista. El hombre puede vivir sin producir, pero no puede vivir sin consumir; y he aquí por qué cuando al cabo de dos, tres, cuatro o cinco días el obrero en huelga general comprendiendo que le pertenece todo lo que existe, que todo le es debido, que todo le es robado, y que por consecuencia tiene el derecho de tomarlo todo, no haciendo otra cosa que una sustitución o lo que es lo mismo, un acto de justicia, en aquel día creéis vosotros que en presencia de los tesoros salidos de sus manos y de los productos que su estómago reclama, ¿cometerá la imbecilidad de seguir cruzado de brazos?



Pero es necesario igualmente que los cooperadores no olviden una verdad elemental de sociología; si se ocupan solamente de la cooperación, en el caso de que el movimiento cooperativo se generalizase según sus deseos, el patrono, dueño de los productos manufactureros y dueños de los salarios, disminuirían los últimos en una proporción sensiblemente equivalente a las economías que las clases obreras podrían realizar por el sistema de la cooperación.

Mientras que, por la cooperación, buscan los obreros la manera de vivir mejor, de no ser robados por el pequeño comercio, de procurarse productos de mejor calidad y a precios menos elevados, es indispensable que en el dominio de la producción, es decir sobre el terreno de los sindicatos, defiendan sus salarios, para que si, los patronos intentan rebajar estos salarios en una suma igual a la economizada por los cooperadores, los mismos obreros que hubieran defendido sus medios de consumación por la cooperativa, defiendan igualmente su producción o sus salarios por los Sindicatos.

## LA CAUSA DEL MAL

¿Comprendéis ahora, compañeros, la organización formidable en presencia de la cual nos encontramos? ¿Os dais cuenta de la eficacia con que entonces podría ejercerse la *acción directa*? Porque no hay más que dos acciones, la acción directa y la acción indirecta; la acción directa es la que se ejerce constantemente sobre el poder y sobre el patrono; la acción indirecta, por el contrario, empieza apoyándose en el pueblo, pero, en vez de obrar en contra de sus enemigos, se infiltra entre ellos de manera que si un día el pueblo quisiera desembarazarse de sus amos, como ya no podría reconocer los suyos, tendría que suprimirlos todos.

Esta organización formidable que podría comprender a toda la clase proletaria, pues si todos no son productores son al menos consumidores, teniendo tantos adheridos como trabajadores hay — es la que yo llamo el período preparatorio.

Pero un día vendrá el período de ejecución, pues no se prepara una cosa sin la intención de cumplir un acto; es evidente de que nadie se prepararía para partir sin la condición de tener que hacer un viaje.

Pues bien; ¿de qué manera esta expropiación política y económica de la clase burguesa, esta socialización de los medios de producción puede realizarse sino por un movimiento revolucionario?

Hoy nos encontramos en presencia de una nueva fórmula de la Revolución. Ya no estamos delante de esa cosa vaga que significaba la palabra, prestándose a toda suerte de mal entendidos equívocos; la revolución no es, en el pensamiento de aquellos que la conciben netamente, el ruido y el alboroto, el chocar de las armas, el tumulto victo-

Este crecimiento de la humanidad exige formas sociales nuevas que le restituyan las dos provincias rapiñadas por el vencedor, más importantes que Cuba y Filipinas; estas dos provincias se llaman el *bienestar* y la *libertad*. El bienestar: no más explotación del hombre por el hombre. La libertad: no más dominación del hombre sobre el hombre.

Así pues, las formas nuevas deben consagrar este nuevo estado de cosas: no más explotación del hombre por el hombre (liberación económica), no más dominación del hombre sobre el hombre (liberación política).

El mundo revolucionario admite, en su generalidad, este nuevo concepto social.

Yo apuesto a que si se hablara en una asamblea de socialistas, los más avanzados, y les dijera que el fin del socialismo, por moderado que este sea, consiste en la abolición definitiva de la explotación del hombre por el hombre y la dominación del hombre sobre el hombre, todos reconocerían mi razón y abundarían en el mismo sentido.

Pues bien, este concepto comprende prácticamente tres cosas: la primera es la expropiación política y económica de la clase burguesa; la segunda, socialización de todos los medios de producción; la tercera el acuerdo y la acción nacional e internacional de los trabajadores.

Tales son, compañeros, los tres puntos sobre los cuales deseo fijar un instante vuestra atención.

## EXPROPIACION

Primeramente: expropiación política y económica de la clase burguesa. ¿Qué significa esto? Expropiación quiere decir expulsión, quiere decir desposesión. Expropiar a uno de lo suyo es expulsarle con o sin indemnización; se desposee a un propietario de sus inmuebles por vía de expropiación o de progreso, que es lo mismo. Cuando una nueva máquina penetra en la industria, es fatal que un cierto número de brazos sean utilizados en su función, y aquellos que quisieran seguir con las antiguas formas de producción, se encuentran desposeídos de su medio de trabajo procedente. Expropiación, pues, quiere decir desposesión.

A esta expropiación corresponde una indemnización, tratándose de propietarios; el trabajador desposeído de sus útiles, no recibe ninguna compensación. No creo necesario insistir en la causa de esta diferencia de tratamiento en la organización social, pudiendo ser encontrada por vosotros sin mucho esfuerzo.

La expropiación puede ser parcial o integral, y en la última tratarse de individuos o tratarse de instituciones. Tratándose de individuos, es simplemente la sustitución de los que poseyeron ayer por los que poseerán mañana.



Ejemplo: cuando en 1787-1793, la nobleza y el clero fueron expropiados, es decir, desposeídos de sus privilegios, no hubo más que una expropiación parcial, porque la clase burguesa reemplazó a las clases dirigentes, instalándose en su lugar y convirtiéndose en clase dominante y explotadora.

Y cuando hace algunos meses el rey Pedro I subió sobre el trono de Servia, después de la ejecución o más propio del asesinato de sus predecesores, hubo una expropiación, pero una expropiación parcial, pues se trataba simplemente de sustituir una dinastía por otra.

Siempre que se hace una sustitución de individuos por individuos, no puede usarse con propiedad la palabra *expropiación*, y en todo caso, en el sentido de expropiación parcial o fragmentaria.

Lo mismo ocurre con las instituciones.

Si, por ejemplo, a consecuencia de una revolución se cambia el organismo político, mientras el económico no sufra la mínima variación, podéis tener la certeza de que la expropiación, cualquiera que sea el fin que se proponga, no rematará su obra, resultando completamente estéril. Y si las modificaciones son económicas, no correspondiendo a ellas las transformaciones en el orden político, los resultados serán igualmente negativos.

De esta manera se comprende por qué todas las revoluciones que registra la historia han sucumbido por impotencia, limitándose las unas a los individuos y las otras a una parte de las instituciones.

Pero la expropiación de que ahora se trata, la expropiación futura proclamada como suya por el mundo socialista entero, es una expropiación integral de una parte y definitiva de la otra. Si es integral no ha de tratarse de sustituir una clase por otra, ni el tercer estado por el cuarto, ni la burguesía por el proletariado; tampoco ha de limitarse a la transformación política del país sin tocar a su régimen económico. Para que sea integral y definitiva es necesario que se beneficie de ella toda la humanidad entera, sin distinción de sexo ni de raza y es necesario también que tenga una repercusión universal en todas las instituciones políticas y económicas.

## SOCIALIZACION

El segundo punto de las bases esenciales de las reivindicaciones obreras es la socialización de todos los medios de producción. ¿Qué se entiende por esto? Simplemente la sustitución de la fórmula siguiente: *Todo pertenece a todos*, a la fórmula actual: *Todo pertenece a algunos*.

En la actualidad todo pertenece a un cierto número de individuos; las casas, las máquinas, la tierra, el suelo mismo...; todo esto no es pro-

sume. En su consecuencia no hay en la existencia más que dos cosas: primero consumir y producir después.

Pero como no se puede consumir sino lo que se ha producido con anticipación, es necesario que toda la producción sea racionalmente asegurada y la consumación equitativamente repartida.

Después de lo dicho ¿cómo constituir en el seno del proletariado, una fuerza suficiente para que en la producción y consumación, el viejo mundo sea sustituido? ¿Por qué, en fin, es necesario que las viejas formas sociales por su usura, desaparezcan y es necesario que las clases que están en el poder demuestren su radical incapacidad, y por lo tanto, su influencia nociva? Claro que sí.

Para esto, ¿qué es necesario?

Es indispensable que los poderes del proletariado estén constantemente en desarrollo, es necesario que la vida obrera se intensifique todos los días, de manera que, producción y consumación se conviertan en los dos polos, alrededor de cuyo eje gire toda la vida social. Es solamente sobre el terreno económico donde debe desenvolverse una fuerza social, que introduzca sus profundas raíces en las masas populares, fuerza suficientemente potente, fuerza pacientemente organizada y sabiamente constituida, que pueda derrumbarlo todo cuando llegue *el gran día*.

Es necesario organizar la producción y consumación; siendo indispensable apoderarse de los puntos estratégicos, en lo que concierne a la necesidad de producir y a la obligación de consumir, y aquí me encuentro en presencia de una decisión del Congreso, de lo que yo me alegro sincera y públicamente.

Se ha reconocido — no sin reservas, y estas reservas son las mías y yo continuaría haciéndolas tan largo tiempo como hubieran tenido razón de ser — se ha reconocido que era necesario que sindicatos de una parte (producción), y cooperativas de la otra (consumación), fuesen los dos terrenos sobre los cuales el proletariado debe de organizarse con fuerza y con método.

Y no se trata de oponer el uno al otro. Yo conozco compañeros sindicalistas, que declaran voluntariamente que la cooperación es peligrosa, y conozco partidarios de las cooperativas que miran con malos ojos a las organizaciones sindicales. Permitidme, compañeros, deciros que ni los unos ni los otros se encuentran en posesión de la verdad.

Es necesario vuestra organización y vuestro acuerdo tanto en el dominio de la producción sindical como en el dominio de la consumación cooperativa; es necesario, no sólo que estas fuerzas se combinen, sino también que se apoyen la una en la otra; es necesario que, cuando las cooperativas de consumo se encuentren en presencia de obreros en huelga, puedan poner a su disposición los recursos indispensables para continuar la lucha y alcanzar la victoria (1).

(1) Sobre este punto no podemos menos de manifestar nuestra disconformidad con el compañero Faure, a menos que los recursos de que nos habla no sean otra cosa que armas más potentes que los mausers de la soldadesca. En cuanto a los otros elementos, los viveres, se pueden encontrar en los almacenes del enemigo, siendo muy tonto proveerse de ellos para salir vencidos, cosa bien probada y conocida por todos. — P. V.



Pues bien, me parece que la política es comparable a este vasto Océano en el cual los hombres movidos por las más nobles intenciones, arrojarían pero ¡ay! en vano la semilla de las mejores energías, los granos de las más buenas voluntades.

Y todavía podría decir otras cosas sobre la acción política, pero tengo hoy la buena fortuna de encontrarme entre trabajadores que coronan por esta fiesta su Congreso en el cual han tenido la excelente idea — y yo les felicito — de declarar que no esperan nada ni tienen la menor confianza en la acción política.

¿Qué significa esto? ¿Es que han resuelto cruzarse de brazos? Y entonces, ¿para qué estos trabajadores venidos de todos los puntos de Francia con objeto de cambiar impresiones y concertarse bajo el punto de vista de una acción común?

¿Es que rechazar la acción política como ineficaz significa cruzarse de brazos y declarar el cese de la lucha? ¡No! Ellos declaran que quieren llevar todos sus esfuerzos, consignar todas sus energías y toda su virilidad a la acción económica, al segundo terreno del acuerdo y de la acción nacional e internacional de los trabajadores.

## TERRENO ECONOMICO

¡Ah! aquí el acuerdo es fácil. ¿Por qué? Porque se encuentra enfrente de un enemigo único y constante; el patrono capitalista y por consecuencia no hay ninguna distinción a establecer.

El patrono tan próximo como esté de los obreros, tan familiar como se presente, tan buen hombre como parezca, tan filantrópico y humanitario como se demuestre, no deja por eso de ser el patrón, es decir, el explotador; desde luego es incontestable que él, es el enemigo único y constante del trabajador.

Este es el buen terreno, pues tanto en la existencia de los individuos como en la existencia de las sociedades, no hay más que dos cosas absolutamente esenciales, dos actos fundamentales de la vida: primero, producir; segundo, consumir.

Todo el resto: política, religión, familia patria, moral es decorativo; todo el resto sirve a los personajes oficiales para pronunciar magníficos discursos; todo el resto permite a los oradores de reuniones públicas improvisar frases huecas y grandilocuentes. Pero, en realidad, no hay en la vida de una sociedad como en la vida de un individuo, sino dos cosas indispensables, fuera de las cuales la vida sería imposible: producir, consumir.

En los comienzos de nuestra vida, no podemos producir, nuestros músculos son demasiado débiles. Si le exigis la producción a un niño, no conseguiréis nada, pero, por pequeño que sea es cierto que ya con-

piedad común, sino propiedad privada, y su transformación en social constituye lo que se llama la socialización de todos los medios de producción.

Dos sistemas o más exactamente dos regímenes — porque el uno es un sistema y el otro no es más que una tendencia — se encuentran frente a frente el colectivismo y el mundo libertario.

## EL COLECTIVISMO

El colectivismo es la vuelta al seno del Estado de todos los instrumentos de producción: después el Estado, verdadero propietario, sino en derecho al menos de hecho, de todos los medios de producción, teniendo la misión de confiar la gerencia a las organizaciones particulares, sino bajo su registro, bajo su responsabilidad y reglamentación. Es, pues, como véis, una suerte de institución nueva a las instituciones antiguas; es el reemplazamiento del Estado actual por otro que no será sensiblemente mejor; es el Estado dueño de todas las llaves, guardián de todas las puertas y donde todos nosotros nos convertiremos en funcionarios o mejor dicho, en prisioneros. Esto sería una expropiación parcial.

## EL COMUNISMO LIBERTARIO

El comunismo libertario procede de otros principios y marcha hacia otras direcciones. El comunismo libertario rechaza el Estado.

El Estado es el advenimiento al poder de una clase de la sociedad; es el monopolio de las funciones públicas por un cierto número de individuos; es la continuación del régimen de la dominación del hombre sobre el hombre.

El comunismo libertario no puede admitir esta dominación ni tampoco la expropiación política y económica que entraña el colectivismo. En el comunismo libertario no es posible el Estado, no es posible la explotación del hombre por el hombre.

¿Cómo proceder entonces?

Por aquello que nosotros llamamos *el libre acuerdo*, es decir, partir de lo simple para ir a lo compuesto, de la unidad para ir al número, del sonido para ir a la armonía, de la célula para ir al tejido. De esta manera como vosotros oís, es como procede la naturaleza.

Nosotros entendemos por libre acuerdo, el acuerdo voluntario y no impuesto; el acuerdo que proviene de abajo y no de arriba; el acuerdo



que tiene por base el individuo y no en sér colectivo que se llamaría: Estado o Humanidad.

El individuo, única realidad tangible, animal sociable que no puede ni debe aislarse en la sociedad, obligado a recurrir a los seres de su misma especie, viéndose en la constante necesidad de tenderles su mano y de establecer contratos si bien perpetuamente revisables.

He ahí la base del libre acuerdo.

El individuo es la base de la sociedad, pero el individuo libre en el grupo libre, a fin de cumplir necesidades en el orden natural y social; producir, consumir y desenvolverse. Pero el grupo mismo no puede permanecer aislado; esté compuesto de veinte, ciento o mil individuos, forma parte del conjunto, del *yo* colectivo que es la humanidad, del *yo* federativo que es la sociedad. Es, pues, necesario que los grupos a su vez, lo mismo que los individuos, se federen racional y metódicamente.

Entonces existirá una organización que corresponda, sobre poco más o menos a lo que voy a deciros: El individuo libre en el grupo libre; el grupo libre en las corporaciones o los cuerpos de oficio; los cuerpos de oficios libres en la Federación, comprendiendo el conjunto de corporaciones pertenecientes a la misma industria y la Federación libre igualmente en lo que yo llamaría la Confederación.

Y si en lugar de ir de lo simple a lo compuesto o de abajo a arriba, vamos en sentido contrario, los resultados serían violentos. La Confederación así establecida no es más que la expresión sintética, exenta, sincera y equitativa de los intereses de todas las corporaciones; las corporaciones lo son de todos los grupos del mismo oficio y los grupos de los individuos adheridos.

Por consiguiente, bien procedamos por inducción o por deducción o bien comencemos por la unidad para ir al número o viceversa, siempre tendremos el mismo sistema, que permite al individuo permanecer libre, autónomo, independiente, desarrollarse y desenvolverse en todos sentidos, no en el aislamiento que sería para él deprimente, sino al contrario, en el acuerdo y la solidaridad resultante como coronamiento de este magnífico edificio.

## ACCION OBRERA

En todos los ambientes socialistas se marcha acorde sobre este punto: todos predicán la acción y el acuerdo indispensables en la clase obrera para llegar a su emancipación. Es evidente que si aquellos que se interesan en derrumbar el viejo mundo no se entienden para obrar, el viejo mundo no se derrumbará sólo. Y es indispensable que la acción y el acuerdo de los trabajadores se convierta en realidad positiva.

Para que esto ocurra, se ofrecen dos terrenos entre nosotros: primero, el terreno político; segundo, el terreno económico.

## TERRENO POLITICO

Paréceme absolutamente impracticable en el dominio político el acuerdo de que os hablo. La experiencia y la historia me apoyan.

Sin tomar partido de ninguna especie, dirigid la vista alrededor de vosotros; yo, aquí, no soy el anarquista que viene a aportar sus ideas personales a los individuos que tienen la amabilidad de escucharle, soy simplemente el hombre de estudios que busca la verdad sin necesidad de ponerse etiqueta; examinad lo que pasa: en España, en Italia, en Alemania, en Bélgica, en Francia, en Inglaterra, por todas partes donde el movimiento socialista ha tomado importancia, donde la lucha política se entabla con vigor, donde el socialismo político se ha convertido en moda al mismo tiempo que su fuerza política con la que esperan contar las clases burguesas, por todas partes veréis la falta de inteligencia, los conflictos violentos, los desacuerdos personales.

Y entonces sería chocante nos dijeran, animados tal vez de intenciones respetables y de las que no quiero sospechar: «Trabajador»es, ponéos de acuerdo para enviar al Parlamento a hombres que os representen dignamente; yo respondería siempre: «Pero, desgraciados, ¿cómo podéis hablarles a los trabajadores de concertarse si hace ya una infinidad de años que oyen el mismo refrán y que mientras más escuchan menos se entienden!»

El acuerdo en el terreno político es — no porque tengamos el gusto de decirlo, sino porque los hechos lo prueban — absolutamente imposible.

Y la acción política ¿es potente? La acción en lo que concierne a los poderes públicos, la acción *par en haut*, tiene ya revelada su radical esterilidad. Todas las leyes, llamadas obreras, arrancadas a la clase burguesa, tienen un tal cortejo de atenuaciones, reservas y excepciones, que acaban por resultar completamente inútiles.

Un hombre paseaba cierto día a orillas del Océano, descubriendo a poca distancia, a otra hombre que navegaba sobre una frágil embarcación y que llevaba una cosa en la mano que, de rato en rato y con un gesto prolongado y al parecer potente, arrojaba a través de los surcos del alborotado mar. Después de terminada tan extraña faena, volvió a la playa, y aquel que había asistido al espectáculo, le interrogó llevado por la curiosidad: «¿Qué hacía, usted, compañero, y qué tenía en la mano?». Nuestro hombre respondió: «Yo sembraba trigo en los anchos surcos de la mar». Este hombre hubiera podido sembrar durante siglos; el mar no era apropiado para que en su seno germinaran las espigas; y he aquí por qué a pesar de lo bello de su acto y lo noble de su deseo, cometía la acción de un loco, la acción impotente y estéril que consiste en arrojar a las inseguras e improductivas olas los granos que necesitan un terreno firme y fecundo.



# TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

## LA GENETICA CONTRA EL CONCEPTO CLASICO DE LA JUSTICIA

A. J. PEIRATS, fraternalmente.



**SIEMPRE** llega a mis manos con mucho retraso «Cénit» y eso retrasa también mis respuestas a tus aportaciones a estas discusiones que estamos haciendo. Y esta vez aún me ha retrasado más el repetir esta contestación, pues que mi primer impulso fué el de rebatir uno por uno los puntos que yo creo erróneos o mal enfocados en tu larga y elocuente aportación última; pero después he cedido a la evidencia de que esta charla nuestra no es un torneo de elocuencia o erudición... y desecho mi primera contestación para confeccionar esta otra que quiero procurar se ciña a las verdaderas bases de nuestra discusión, que, creo yo, debe ser una sincera búsqueda de la verdad—cuando menos de las exiguas fracciones de verdad que seamos capaces de encontrar.

He leído tres veces tu largo y elocuente alegato último y he releído tus otros trabajos anteriores y, comparándolos con las opiniones expuestas por mí, situó el estado actual de nuestra plática en:

**Primero.** El problema eje que tratamos de dilucidar, apuntado por mí en el trabajo primero que mereció tu primera objeción está condensado en esta interrogante: ¿Los actos del individuo son el producto de un conglomerado de factores y están determinados por la naturaleza de esos factores o, por el contrario, son el producto exclusivo de su voluntad o libre albedrío—voluntad y albedrío son expresiones de una misma cosa—, que, en última instancia, es la responsable absoluta de su conducta?

**Segundo.** ¿Cuál de las dos opiniones se ajusta más a los conocimientos científicos de que actualmente dispone la humanidad?

**Tercero.** La idea de libre albedrío o voluntad, ¿va o no ligada inevitablemente a la idea de alma o espíritu, concebidas estas dos expresiones en el sentido de una entidad extracorporal, inmaterial, no dependiente de la anatomía ni la fisiología del individuo si no es cuando se sirve de ellas para manifestarse, ya que no puede manifestarse de otro modo que por los sentidos, que son exclusivamente anatómo-fisiológicos?

**Cuarto.** La idea de alma o espíritu, concebida así, ¿es o no la esencia misma de las religiones? Por otra parte, ¿puede concebirse de otro modo la idea de alma o espíritu y puede evadirse de algún modo de sus esencias religiosas?

**Quinto.** Con arreglo a lo que consideremos como verdad en esos puntos, ¿la idea clásica de la Justicia tiene verdaderos fundamentos humanamente científicos?

Condensado todo el problema que discutimos en estos

cinco puntos, las opiniones expuestas por mí son decididas y categóricas con referencia a cada uno de ellos. Después veremos las opiniones tuyas.

Con referencia al punto primero mi posición es clarísima en el sentido de que los actos del individuo son, **siempre**, el producto de una suma de factores y responden, **siempre**, a la naturaleza de esos factores, por lo que eso que llamamos voluntad o libre albedrío es inexistente.

Con referencia al punto segundo he iniciado ya algunas razones de orden científico, consideradas hoy como verdades comprobadas, que apoyan mi punto de vista y creo sinceramente que la idea de voluntad o libre albedrío **no tiene ningún basamento científico**.

Mi opinión sobre el tercer punto es clarísima en cuanto concierne a que la idea de voluntad o libre albedrío va **indisolublemente** ligada a la idea de alma o espíritu en la acepción metafísica que se expone en la interrogante.

En cuanto al punto cuarto, yo creo firmemente, y así lo he expuesto ya en esta plática que mantenemos, que la idea de alma o espíritu no puede concebirse de otro modo que el expuesto y ella es la base misma sobre la que descansan todas las religiones.

Y en lo referente al punto quinto, ya en el trabajo primero que mereció tu primera objeción decía yo que la Justicia clásica tiene como base fundamental un principio humano y científicamente erróneo.

Aunque de una manera veloz y condensadísima, todas estas opiniones mías yo he procurado basarlas en conocimientos científicos que actualmente están al alcance de cualquiera medianamente estudioso y que pueden considerarse como verdades suficientemente demostradas.

Tus opiniones sobre estos cinco puntos en los que yo creo pueden condensarse todos los aspectos de nuestra discusión, leyendo lo que aportas, desde el principio al fin, creo que pueden condensarse también de esta manera:

Con referencia al punto primero dices en el número 78 de «Cénit»: «Determinista a ultranza, has tenido que ver en mí un librealbedrista no menos cerrado. Y sin embargo, yo no he expresado otra cosa que dudas, preocupaciones y angustias». Pero aunque en ese párrafo no tomas posición categórica, la adoptas después al hacer tuyas las siguientes expresiones de Malatesta: «No se es anarquista, no se es socialista, no se es hombre dispuesto a un fin cualquiera, sin esa premisa, confesada o no, de la eficacia de la voluntad humana», que citas en el número 79, amén de toda la argumentación tuya y las numerosas citas de ilustres hombres en que te apoyas al intentar demostrar que «hecha tabla rasa de la voluntad del hombre en tanto que factor determinante en cualquier medida, no hay que asombrarse de las cínicas conclusiones del sumo pontífice del



bolchevismo». Tu opinión, pues, oscila entre afirmar que el hombre sin voluntad es inconcebible y admitir que las acciones humanas no son el producto exclusivo de la voluntad, tesis que admities cuando dices: «Digo en principio, porque indudablemente hay factores más o menos ponderables que interfieren nuestros actos.» Entonces de esas dos opiniones tuyas se deduce que crees que el hombre es poseedor de una voluntad, pero que sus actos no son el producto exclusivo de ella misma, ni están regidos absolutamente por ella, sino que son la suma de la voluntad misma unida a otros factores que logran interferirla... No sé con qué fortuna habré conseguido ahora interpretar imparcial y escuetamente la esencia de tu opinión sobre el primer punto a que aludimos, pero si lo interpreto bien me parece que, aun sin querer, no tienes más remedio tú mismo que admitir que los actos humanos son la suma de una cantidad X de factores, unidos a eso que tú llamas voluntad. Al admitir simple y llanamente que las acciones no son el producto exclusivo de la voluntad, ya admities el determinismo. Veamos si no.

Cuando el individuo admite una acción, ésta tiene forzosamente que ser el producto de algo. Ese algo, en el problema que discutimos tú y yo, pueden ser dos cosas: el capricho de su voluntad libre o el producto de una suma X de factores. En el primer caso, si el acto es el producto de su voluntad libre—el libre albedrío—, para que así sea la voluntad no puede haber sufrido el impacto de ninguna influencia extraña a ella misma, ya que si la voluntad ha sufrido la influencia de algo que ha contribuido a modificar la naturaleza de la acción, la acción misma ya no es el producto de la voluntad, sino de una suma compuesta de la voluntad y la influencia que la voluntad sufrió, lo que, en definitiva, anula de manera absoluta la voluntad misma, dado que la naturaleza misma de la idea de voluntad rechaza, por incompatible, la de voluntad influida, porque una voluntad influida es una voluntad determinada por el factor que le ejerció la influencia, y una voluntad determinada es una incongruencia inadmisibile. De todos estos razonamientos deduzco que, aun sin proponértelo, has tenido que hacer una afirmación determinista, aunque en esencia estés en contra de tu propia afirmación. Esa es la misma posición que adoptas cuando dices refiriéndote a la premisa de Einstein, que yo cito, referente a que ninguna verdad está reñida con sus consecuencias, que aunque instintivamente te repugne, no puedes lógicamente rechazarla. Y la verdad es que analizadas las acciones humanas bajo cualquier aspecto de realidad científica no tenemos más remedio que aceptar que éstas, las acciones humanas, son el producto de un complejo conglomerado de factores y no el producto de una voluntad abstracta, difusa y metafísica, que no sabéis qué es—recuerda que tú mismo haces esta aseveración, apoyándote en Malatesta—pero sin la cual os parece que la vida no tendría ningún valor y no valdría la pena de vivir.

Sobre el punto segundo dices en un párrafo de tu primera objeción: «No intento, tampoco, como dije, somover una sola pieza de su firme armazón científico...» Y en el número 74 de «Cénit» dices: «¿No será la verdad científica la menos científica de todas las verdades? ¿No será la verdad científica el más reductible de los prejuicios religiosos incrustados en la ciencia?». Y anteriormente dices: «Confieso que soy tan incapaz de explicarte científicamente el voluntarismo como lógicamente el determinismo...». Es decir, tú no opones ninguna objeción científica a las realidades científicas que yo creo apoyan la idea de que los actos del ser humano son una suma de factores y no el

producto de una voluntad libérrima o libre albedrío. Y todo el trabajo que titulas «Los límites de la verdad científica» lo empleas en argüir en favor de la duda sobre las verdades científicas, pero no en aportar datos científicos en favor del voluntarismo que, en definitiva, es lo que defiendes en esta plática. De ahí deduzco que el determinismo tiene unos basamentos científicos ante los cuales no has encontrado otros basamentos científicos que oponer. A este respecto, también en el número 79 de esta revista dices: «Mientras no contemos con conocimientos más firmes tengo el deber, emanante éste de una necesidad interior consciente, de darle un sentido a mi vida. En consecuencia, asumo ante mí la responsabilidad de creer que el hombre es la más alta expresión de la transformación constante de la materia.» Aunque me reserve el derecho de volver sobre esta especie de credo tuyo en el que, en realidad, sintetizas toda tu opinión sobre estos problemas que tratamos, permíteme analizar esa expresión que subrajo en la que yo creo que quieres decir que no te satisfacen los conocimientos actuales y su falta de firmeza te autoriza a adoptar una actitud, incluso, en contra de esos mismos conocimientos o al margen de ellos. Por todo ello, me creo con el derecho de afirmar que en el estado actual de nuestra discusión, tus razonamientos no se ajustan o están en contra de los conocimientos científicos de que actualmente dispone la humanidad, mientras que el determinismo es hijo directo de ellos.

Sobre el punto tercero, a mi afirmación de que la idea de voluntad o libre albedrío lleva implícita la idea de alma o espíritu en el sentido de expresar con esas palabras la existencia en el ser humano de una entidad extracorporal que no depende de su anatomía ni de su fisiología, aunque tú quieras después eludir las consecuencias naturales y lógicas de la admisión de esa idea, la admites expresa y literalmente cuando dices al responder a una pregunta mía: «Al parecer éste es el caso del hombre físico. Pero con admitirlo avanzamos poco. Producto de materiales inorgánicos es la vida orgánica, y, sin embargo, la biología no ha podido colmar la fosa que las separa; idéntico, si no mayor, es el abismo interpuesto entre el mundo anatómico-fisiológico y el psicológico.» Si tú admities que hay un abismo insondable entre el mundo anatómico-fisiológico y el psicológico, admities, como consecuencia, que la psicología—de cuyos estadios no puede salirse la voluntad—, es una entidad al margen de la anatomía y de la fisiología. Creo que eso es el dualismo clásico del espiritualismo cuando admite que el ser humano está compuesto de un cuerpo—anatómico-fisiológico—y un alma—psicología—separados por un abismo insondable que los hace diferentes y de naturaleza distinta. Entonces, también me creo con el derecho a deducir, ajustándome a tus mismas expresiones, que, forzosamente, la idea de voluntad está ligada, indisolublemente a la idea de alma o espíritu, según la definición clásica de estas expresiones en el sentido de considerarlas como una entidad metafísica, extracorporal, inmaterial, no dependiente de nuestra anatomía-fisiología.

En cuanto al punto cuarto, creo expresada tu verdadera opinión con referencia al mismo en lo que seguidamente copio: «Vayamos por partes: ¿Por qué tiene que ser necesariamente dualista, metafísica, teísta, religiosa y ¡el colmo! antianarquista, la creencia en la voluntad?». Respondiendo con esta otra expresión: «Niego que la filosofía que se basa en el individuo y su voluntad determinante tenga que ver con el dogma religioso más que con la filosofía misma.» Pero esta opinión no sé cómo compatibilizarla con la otra opinión tuya que dice: «... idéntico, si no mayor,



es el abismo interpuesto entre el mundo anatomo-fisiológico y el psicológico.» Creo que estas dos opiniones tuyas se excluyen entre sí. Cuando preguntas: «¿Por qué tiene que ser necesariamente dualista...?», ya lo has contestado al referirte al **abismo interpuesto entre el mundo anatomo-fisiológico y el psicológico**, puesto que la existencia de esos dos mundos separados por un abismo insondable, ya establece ese dualismo por el cual preguntas. Cuando preguntas también por qué ha de ser metafísica, también lo has contestado tú mismo al establecer que el mundo psicológico está separado por un abismo más o menos insondable del mundo anatomo-fisiológico. El mundo anatomo-fisiológico está dentro del mundo físico y la metafísica es lo que se sale o está al margen de lo físico, según la acepción actual y corriente de la expresión, olvidando el origen aristotélico de la misma. Entonces, si el mundo psicológico, que es el mundo donde se desenvuelve la voluntad, no es un mundo físico, ha de ser forzosamente un mundo metafísico. Ya me explicarás si es que puede ser de otra manera. Y las otras dos preguntas se contestan lógicamente al contestar las dos primeras. ¿Hay religión alguna que no tenga como idea base la existencia en el ser humano de ese ente extracorporal, metafísico e inmaterial? Y ¿hay religión alguna sin Dios, expresado de una u otra forma? Y llegando a tu última pregunta, aparte de otras razones sobre las que hablaremos más tarde si tenemos la paciencia de continuar esta plática, esa pregunta que a ti te colma... ¿Hay anarquismo posible en la idea metafísica de alma o de Dios?...

Entonces, basándome en tus propias expresiones, me creo con el derecho, una vez más, de llegar a las siguientes deducciones: Si la voluntad se desenvuelve dentro de la vida psicológica y ésta, la vida psicológica, no es una vida producida por nuestra anatomo-fisiología, sino que **está separada de ella por un abismo insondable**—son tus expresiones—, la voluntad y la vida psicológica son entes metafísicos que se identifican forzosamente con el espíritu y el alma inmateriales, base de toda idea religiosa. Si, por el contrario, las llamadas funciones psicológicas, **incluida entre ellas la voluntad**, son el producto material y físico de nuestra vida física y material-anatomo-fisiología, tienen que estar forzosamente determinadas por esas funciones anatomo-fisiológicas que las producen. Lo que es, en definitiva, el determinismo ese que tanto odias o temes y al que adjudicas los peores males de la humanidad.

Y con referencia al punto quinto, tu opinión es de que la justicia clásica «como toda noción de justicia o de moral, clásica o no» al considerar al individuo como poseedor de esa voluntad libérrima que le hace responsable de sus actos, está en lo justo y, como consecuencia, acorde con todo fundamento humano, científico o no. Y para afianzar esa opinión citas la tan poco afortunada opinión de Malatesta sobre la formidable autodefensa de Jorge Etievant, quien, en aquella autodefensa sentó un verdadero jalón en defensa de los principios filosóficos del anarquismo. Tal vez Malatesta no se apercebía que, al querer ridiculizar a Etievant se estaba expresando de manera bien poco anárquica. ¿Acaso si el juez hubiera razonado como Malatesta suponía, en chungu, que lo hubiera hecho no hubiera expuesto una tesis anárquica? ¿Acaso el juez no es un producto de la sociedad y el medio? ¿Habría producido el delito de Etievant en una sociedad anárquica? ¿Una sociedad anárquica tendría establecido el mismo código por el cual se consideraba merecedor de castigo el acto de Etievant? ¿La actitud del juez sería la misma defendiendo los intereses sanos de una colectividad que la que tuvo que asumir al defender

los intereses bastardos del Capitalismo y el Estado? ¿Hubo factores que determinaron la acción de Etievant? ¿Hubo factores que determinaron la actitud del juez? Creo que si analizas desapasionadamente el comentario de Malatesta y la autodefensa de Etievant (que recuerdo haber leído cuando yo era muy joven en un folleto llamado «Declaraciones de Etievant» editado por «Tierra y Libertad» de Barcelona), todas tus simpatías se declinarán hacia éste.

Creo, pues, sobre el referido quinto punto, que cuando dices «que toda noción de justicia o de moral, clásica o no, considera al individuo como poseedor de una voluntad» niegas cualquier otra noción de justicia o de moral que no incluya como base la aceptación de la voluntad en el individuo.

Me parece, pues, que en cualquiera de esos cinco puntos tenemos opiniones diferentes, aunque en alguno de ellos te veas forzado a admitir la realidad insoslayable de algunas de las verdades que apoyan mis opiniones. Hay además, dos situaciones en esta charla nuestra completamente dispares, adoptadas por cada uno de nosotros: Mi empeñamiento en que dilucidemos la verdad o el error de unos principios que yo creo apoyados por la ciencia actual para que dilucidemos después las consecuencias que puedan derivarse lógicamente de los mismos, y tu actitud de analizar las consecuencias, prestándoles todos los tintes de tu opinión, apoyada en la de sabios varones, para negar o soslayar la verdad de esos principios.

Situado así el estado actual de nuestra plática, en este turno que a mí me cabe, encuentro aún muchas razones para continuar defendiendo en su esencia eso que yo creo verdades e invitarte a que las niegues o afirmes escueta y categóricamente, pensando en que tal vez de esas verdades puedan deducirse consecuencias mucho menos oscuras que las que tú avizoras y que lo más interesante para el buen orden de la plática es investigar el grado de verdad que ellas puedan contener.

Entonces, situados de nuevo en el primer punto, me voy a permitir transcribir lo que dice William Godwin. (Cito a Godwin en este punto porque su razonamiento es incomparablemente superior al que yo pudiera concebir y su nombre es ya una garantía contra ese peligro marxista, totalitario y esos **fascismos demenciales** que tú ves basamentados en las ideas base del determinismo. Eso aparte de que Godwin, con todo y ser uno de los más grandes filósofos negadores del Estado, es muy poco conocido realmente entre nosotros.)

Dice William Godwin en las páginas 143 y siguientes del capítulo V (DEL LIBRE ALBEDRIO Y DE LA NECESIDAD), en la edición de Américalée de su libro «INVESTIGACION ACERCA DE LA JUSTICIA POLITICA»...

«... Muchos de los razonamientos que hasta aquí hemos expuesto, aun cuando se hallen invariablemente basados en tal doctrina, serán aceptados, en mérito a su evidencia intrínseca, por los propios partidarios del libre albedrio, pese a su oposición contra dicha doctrina... Después de madura reflexión se hallará que la doctrina de la necesidad moral implica consecuencias de trascendental importancia y conduce hacia una comprensión clara y abarcativa del hombre en la sociedad, la que probablemente no podrá ser alcanzada por la doctrina contraria. (Me permito adelantar que Godwin llama **doctrina de la necesidad moral** a lo que nosotros llamamos **determinismo**, como se verá más adelante). Fué necesario un severo método para que esa proposición fuese establecida por primera vez, como fundamento indispensable de la especulación moral de cualquier índole. Pero hay personas sinceramente dispuestas que, no obstante la



evidencia que emana de esa doctrina, se sienten alarmadas por sus probables consecuencias. (Parece como si Godwin hubiera leído tus trabajos en esta charla que mantenemos), y será conveniente, en atención al error que sufren esas personas, demostrar que los razonamientos morales contenidos en la presente obra, no tienen más necesidad de la doctrina en cuestión, que cualquier otro razonamiento, sobre cualquier otro tema moral...

«El afirmar que todas las acciones son necesarias, quiere significar que, si tenemos una concepción exacta y completa de todas las circunstancias en que se halló situado un ser vivo y pensante, veremos que no pudo actuar, en ningún momento de su existencia, sino del modo que lo hizo... El partidario de la libertad en el sentido filosófico (Godwin no se refiere aquí a la libertad social o política, sino al libre albedrío) se halla en dificultad para encontrar una salida a la cuestión. Para sostener su tesis está obligado a negar la certeza entre el antecedente y su consecuencia.

«Es sabido que en los hechos del universo material todo se halla sometido a esta necesidad. En esa esfera del conocimiento humano, la investigación tiende más decididamente a excluir el azar a medida que se aumentan nuestros conocimientos...

«El grado de oscuridad que rodea este problema se debe a las circunstancias siguientes. Todo conocimiento humano es el resultado de la percepción. Nada conocemos de materia alguna, si no es a través de la experiencia. Si no se produjeran efectos no habría objeto para nuestra inteligencia. Recogemos un número determinado de tales efectos y, debido a su comprobada regularidad, los reducimos a ciertas clasificaciones generales que nos permiten también formar una idea general del agente que los produce...

«Sin embargo, creemos razonablemente que esos acontecimientos se hallan relacionados entre sí por una perfecta necesidad y excluimos de nuestras ideas de materia y movimiento, toda suposición relativa al azar o a un suceso inmotivado. Después de haber observado esos hechos constantemente ligados entre sí, la asociación de ideas nos obliga, cuando ocurre uno de ellos, a prever inmediatamente el otro; y puesto que esa previsión jamás nos engaña, y como el hecho futuro resulta siempre copia fiel de la sucesión ideal de los acontecimientos, es inevitable que esa especie de previsión se convierta en el fundamento general de nuestro conocimiento...

«La idea correspondiente al término **carácter** implica inevitablemente el concepto de relación necesaria. El carácter de una persona es el resultado de una larga serie de impresiones comunicadas a su psicología, a la que hacen objeto de ciertas modificaciones, permitiendo el conocimiento de las mismas predecir, en cierto modo, la conducta del individuo. De ahí surgen su temperamento y sus hábitos, respecto a los cuales admitimos razonablemente que no pueden ser anulados ni revertidos de un modo brusco y, si alguna vez se produce tal reversión, ello no se produce accidentalmente sino a consecuencia de alguna razón poderosa o algún hecho extraordinario que lo modifican. Si no existiera esa relación primitiva y esencial entre móviles y acciones y, lo que constituye una rama particular de ese principio, entre las acciones pasadas y las acciones futuras del hombre, no existiría nada semejante al carácter, ni posibilidad alguna de inferir lo que los hombres pueden llegar a ser, teniendo en cuenta lo que han sido...

«Finalmente, la idea de disciplina moral procede asimismo de ese principio. Si yo argumento, si exhorto u ofrezco ciertos estímulos a una persona, es porque creo que esos estímulos tienden a influir en su conducta...

Después de un razonamiento magistral que la brevedad a que nos obliga el espacio me ha impelido a extractar sólo, aun añade Godwin en el capítulo VI (INFERENCIAS DE LA DOCTRINA DE LA NECESIDAD), que comienza en la página 155:

«Considerando que la doctrina de la necesidad moral ha sido suficientemente fundamentada, veamos las consecuencias que de ella se deducen. Esa concepción nos presenta la idea de un universo íntimamente relacionado e interdependiente en todas sus partes donde, a través de un progreso ilimitado, nada puede ocurrir sino del modo que realmente ocurre. En la vida de todo ser humano incide toda una cadena de causas y efectos, generalmente en la eternidad que precedió a su nacimiento, la que continúa su relación regular a través del período de su existencia y en virtud de la cual el hombre no puede actuar de otro modo que como lo hizo.

«Puesto que una concepción contraria a la expuesta ha sido la que ha predominado en la masa de los hombres a través de las edades, impresionando su mente constantemente con las ideas de contingente y accidente, el lenguaje común de la moral ha sido universalmente afectado por esa impresión errónea...

«Ante todo se desprende de ella (se refiere Godwin a la doctrina de la necesidad, expresión con la que él se refiere al determinismo) no existe eso que se llama acción en el sentido enfático y presuntuoso en que suele emplearse el término. El hombre no es en ningún caso, estrictamente hablando, el iniciador de un hecho o serie de hechos que ocurren en el universo, sino sólo el vehículo a través del cual operan ciertas causas, causas que cesarían de actuar si el hombre dejara de existir.»

Y después Godwin deduce unas consecuencias de estas premisas deterministas que difieren en absoluto de las consecuencias que tú apuntas. Y ello es hasta el grado que afirma que no hay moral posible ni posible virtud sin la previa aceptación de estas premisas. Pero a ese grado de nuestra discusión aún no quiero llegar y para entonces me reservo el derecho de citar de nuevo a este maestro.

Godwin, pues, en ese libro que todos los historiadores del anarquismo han considerado como uno de los primeros grandes alegatos teóricos en favor específico de nuestras ideas, pretende asentar la premisa de que las acciones del hombre, cuyo análisis es lo que estamos tratando de hacer en este primer punto, son **siempre** el producto de una causa o causas anteriores que la determinaron. Opinión que comparto en absoluto y que difiere también en absoluto de la tuya y de la de tantos sabios varones como citas.

Sobre este mismo punto, H. Hamon, en el libro «Determinismo y responsabilidad», en la edición de F. Sempere de Valencia, en las páginas 34 y siguientes, entre otros argumentos no menos categóricos científicamente, dice:

«Solamente cuando el acto se ha ejecutado conscientemente es cuando la idea del libre arbitrio existe entre sus partidarios. Cuando el agente tiene conciencia del acto que ha ejecutado—y tiene tanta más conciencia cuanto más prolongada es su deliberación—le parece estar libre para querer o no querer este acto. Aquí está la ilusión del libre arbitrio, solamente en esta forma de acto consciente es en la que los defensores de la idea de la libertad volitiva han visto, han supuesto, esta libertad.

«Esta suposición es inadmisibles. En efecto, considerado el proceso psico-fisiológico tal como nosotros acabamos de exponerlo (anteriormente H. Hamon hace una exposición rigurosamente científica del proceso psico-fisiológico que antecede al acto), con arreglo al estado actual de nuestros



conocimientos, y podréis justificar que no hay en la determinación del acto ningún elemento de libertad. Todo es consecuencia inevitable de la serie de fenómenos que preceden. La intensidad, la tensión de la corriente centripeta, y luego de la centrífuga, dependen, mediata o inmediatamente, de la disposición especial del receptor de la calidad y de la naturaleza del fenómeno impresionante, etc.

**«Ex nihilo, nihil.»**—Nada viene de la nada; ahora, la libertad moral, existente en el hombre fuera de toda influencia, supone necesariamente la acción de una causa primera, de una espontaneidad creatriz, como dice Tarde. ¡Y esta causa primera nadie la crea! Ha nacido ex nihilo. Dedúcese que algo provendría de nada, absurdo imposible de aceptar.

«Al admitir la hipótesis de la libertad volitiva, es necesario admitir la génesis del acto, la presencia de algo, de un **yo no sé qué** (es ese «¿Qué es la voluntad? No lo sabemos», de Malatesta, que tú citas) que intervendría en un momento dado, para modificar lo que resultaba de todas las condiciones precedentes, **ese yo no sé qué no siendo el resultado de aquello que sea**. En una palabra, tiénese que admitir un efecto sin causa. Y esto sería una concepción absurda. Por eso la libertad de querer es, pura y simplemente, una ilusión; «decir que la voluntad se determina ella misma, no representa absolutamente ninguna idea, antes bien, implica un gran absurdo, a saber que una determinación, que es un efecto, puede producirse sin ninguna especie de causa» (Priestley).»

«La observación de los fenómenos naturales ha conducido a la justificación que la materia, la fuerza, la vida, se conservan sin crearse... Podemos, pues, decir: la conservación de la materia es un principio que resulta de la observación de todos los fenómenos: Nada se pierde, nada se crea. La hipótesis del libre arbitrio está en absoluta contradicción con esa ley de conservación de la materia. En efecto, la hipótesis de la libertad volitiva obliga a admitir algo venido de no se sabe dónde, emanado de no se sabe qué, algo que empezaría o modificaría las manifestaciones de la actividad individual. Eso sería, como ha dicho Ferri, una creación o una destrucción de fuerza; lo que no se puede admitir ni concebir. En el universo nada se crea, nada se destruye; las manifestaciones diversas de la naturaleza no son más que transformaciones.

«Por consiguiente, la hipótesis del libre arbitrio está en contradicción con estos dos grandes principios de la causalidad y de la conservación de la materia, principios que encontramos en todos los fenómenos del universo. No hay razón alguna para alejar estos mismos principios de los fenómenos humanos. De donde esta hipótesis del libre arbitrio para en inútil y absurda.»

Después de estas citas que, aunque breves y condensadas, nunca dejan de ser engorrosas, y de tu propia afirmación de que no pretendes somover ni siquiera uno de los argumentos científicos en que procuro apoyar mi tesis determinista, me creo con el derecho de hacer la siguiente afirmación: **Es una ley universal, comprobada por todos los conocimientos científicos de que actualmente dispone el saber humano, que no hay efecto que no haya sido originada por alguna causa, y esta ley rige la conducta humana, como todos los demás conocimientos de que el hombre tiene conocimiento. En consecuencia, los actos humanos están, «siempre», determinados por los factores que los originaron, no quedando espacio alguno, dentro de las leyes naturales, para la existencia de la voluntad o el libre albedrío.**

Y si eso es así, si esa afirmación mía responde a la realidad científica, está en completa armonía con esta con-

cepción del anarquismo que Miguel Bakounine, el gran voluntarista, como lo llamas tú, expone en las páginas 25 y siguientes de su pequeño gran libro «Dios y el Estado», en la edición, sin fecha, hecha en México por la Librería Cosmos:

«¿Qué es la autoridad? ¿Es el poder inevitable de las leyes naturales que se manifiestan en la sucesión y encadenamiento fatales de los fenómenos del mundo físico y del mundo social? (Subrayo estas expresiones porque son eminentemente deterministas). En verdad que contra esas leyes no sólo no cabe rebelarse, sino que es imposible. Podremos comprenderlas mal o no conocerlas todas, pero nunca desobedecerlas; porque ellas constituyen la condición fundamental de nuestra existencia, nos envuelven, nos penetran; **regulan todos nuestros movimientos, todos nuestros pensamientos, todos nuestros actos**; y así, cuando creemos desobedecerlas, no hacemos otra cosa que poner de manifiesto toda su omnipotencia.

«Sí; nosotros somos en absoluto esclavos de esas leyes. Mas en semejante esclavitud no hay humillación alguna, porque la esclavitud supone un amo externo, un legislador extraño a aquel a quien gobierna; y esas leyes no sólo no están fuera de nosotros, sino que, por el contrario, son inherentes y constituyen nuestro ser, toda nuestra individualidad, física, intelectual y moralmente considerada; **así vivimos, respiramos, obramos y pensamos sólo en virtud de esas leyes** (el subrayado es mío). Sin ella no somos nada, no somos. ¿De dónde, pues, podremos deducir el poder y el deseo de rebelarnos contra su influencia?

«En sus relaciones con las leyes naturales, sólo esta libertad le queda al hombre: la de reconocerlas y aplicarlas progresivamente, de conformidad siempre con el objeto de la emancipación individual y colectiva o de la humanización del ser, propiamente hablando, que persigue. **Se necesita, por ejemplo, ser profundo teólogo o cuando menos metafísico, jurista o economista burgués para rebelarse contra la ley en virtud de la cual no hay efecto que no tenga una causa.** (Bakounine dice aquí que no hay anarquismo posible sin determinismo y os deja mal parados a los voluntaristas. Estas ideas de Bakounine son las mismas que, expuestas por mí, te hacen exclamar aquello de: ¡EL COLMO!

«En resumen. Nosotros reconocemos la autoridad absoluta de la ciencia, porque la ciencia no tiene otro objeto que la reproducción mental, reflexiva, y tan ordenada como sea posible, de las leyes naturales inherentes a la vida material, moral e intelectual de los mundos físico y social, que realmente no constituyen más que un mismo mundo dentro de la naturaleza. (Ya ves que Bakounine no cree en ese abismo insondable que tú ves entre el mundo físico y el psíquico). Fuera de esta autoridad, la única legítima, porque es racional y conforme a la libertad humana, nosotros declaramos a todas las demás falsas, arbitrarias y perniciosas...»

«Tal es en el sentido en que nosotros somos realmente anarquistas.»

Como ves, Bakounine encuentra un fundamento del anarquismo en las mismas ideas sobre las cuales tú achacas los fundamentos de las «dialécticas pseudorevolucionarias».

Sobre el punto segundo, tengo necesidad de tratar de hacer un brevísimo esquema de lo poco que conozco de la ciencia actual para ver si estos datos científicos concuerdan con tu posición o con la mía.

Según todos los conocimientos actuales de la ciencia de los cuales tengo alguna noticia, el hombre es un ser originado en este planeta y, como producto de él, compuesto



de materiales contenidos en el mismo planeta y cuya existencia está regulada por ciertas leyes que, forzosamente, han de estar en armonía con las leyes generales que regulan la vida del planeta mismo. Además, según todos los conocimientos de que actualmente disponemos y de los cuales yo tenga alguna noción, todos los fenómenos observables por la naturaleza humana son originados por transformaciones de la materia y fuera de la materia nada ha podido comprobarse que exista. De acuerdo con estas premisas, el hombre y todas las manifestaciones de su vivir son manifestaciones más o menos sutiles de la materia. Y también de acuerdo con estas premisas, las manifestaciones del vivir humano caen forzosamente dentro de esas leyes que regulan la transformación constante de la materia. Los actos del hombre, pues, de acuerdo a estas premisas sentadas por los conocimientos que actualmente poseemos, al ser manifestaciones más o menos sutiles de materia que han de estar regidos, también, por las leyes generales que orientan esa transformación constante de la materia. Y si una de las leyes aceptadas sin discusión (científicamente hablando) es la ley universal de que no hay efecto que no tenga una causa, todas las manifestaciones de la vida humana, incluso las acciones, han de obedecer a esta ley. Y si ello es así, según lo demuestran los pocos conocimientos científicos de que actualmente disponemos, está completamente de acuerdo con esos conocimientos la opinión que admite que las acciones humanas son el producto de un conglomerado de factores y jamás el capricho de una voluntad extraña y ajena a todas esas leyes de que venimos hablando. El determinismo, pues, está acorde con los conocimientos actuales de la ciencia. Lo que no puede decirse del voluntarismo.

Sobre los puntos siguientes, al analizar tus opiniones anteriores sobre los mismos he tenido ocasión de intentar demostrar que hay una correlación inevitable entre la idea de voluntad concebida como libre albedrío y las ideas de alma y espíritu como expresiones metafísicas y religiosas. No creo prudente argumentar de nuevo sobre ello en este mismo trabajo.

Pero al terminar esta aportación mía al problema que discutimos, te invito a que analicemos hasta el grado en que seamos capaces de hacerlo esa especie de **credo** tuyo en el que me parece que quieres condensar toda tu opinión sobre el tema que discutimos. Me refiero al párrafo que dice: «Mientras no contemos con conocimientos más firmes, tengo el deber, emanante de una necesidad interior consciente, de darle un sentido a mi vida. En consecuencia asumo ante mí la responsabilidad de creer que el hombre es la más alta expresión de la transformación constante de la materia.»

Cuando dices: **Mientras no contemos con conocimientos más firmes, tengo el deber...** tú mismo haces una afirmación determinista puesto que ese deber que dices tener lo haces determinar del grado de firmeza de los conocimientos de que actualmente contamos, dado que implícitamente admites que ese deber que sientes puede ser modificado cuando contemos con conocimientos más sólidos. Ese deber que sientes, además, lo haces determinar de una necesidad interior consciente, de la cual emana y en la cual te detienes. Y como no hablas de la forma en que se ha podido originar esa necesidad interior consciente, permíteme que te ruegue que, si esta latosa exposición mía merece una réplica tuya, no eludieras una contestación a esta pregunta: ¿Esa necesidad interior consciente que te crea deberes, ha surgido en ti por generación espontánea o es el producto de toda una formación en la que forzosamente han habido de contribuir impresiones recibidas en el transcurso de todo tu vivir? Tu paso por la vida, ¿ha modificado o contribuido en algo

en la formación de esa **necesidad interior consciente** que te crea deberes? ¿Esa necesidad interior consciente pudo haber sido otra si la suma actual de tu vida hubiera sido otra también? ¿No hay razón alguna que explique cómo esa necesidad interior consciente que se manifiesta en ti se manifiesta de mil diferentes maneras en otros humanos y en algunos hasta ni se manifiesta? Si esa **necesidad interior consciente** tiene alguna referencia, algún antecedente, alguna causa que la haya motivado, esa **necesidad interior consciente** ha sido determinada por la referencia, el antecedente o la causa o por las mil referencias, antecedentes o causas que determinan y originan toda necesidad.

Incluso, ese sentido que quieres darle a tu vida, a esa ética que a ti te parece que sin la voluntad y el libre albedrío se diluye afrentosamente, tú mismo le buscas una causa que estriba en esa necesidad interior consciente que la determina, puesto que tú mismo afirmas que el sentido que quieres darle a tu vida es motivado por esa necesidad interior y ha de ser forzosamente acorde con esa misma necesidad. Y esa actitud tuya es natural y eminentemente determinista, dado que al darle un sentido a tu vida lo haces previendo unas consecuencias diferentes a las que se originarían si no le dieras ese objetivo. Lo que en esencia dice que el sentido que tú le das a tu vida determina las consecuencias que de ese sentido han de derivarse, puesto que si le dieras otro sentido a tu vida se derivarían otras consecuencias, lo que concuerda perfectamente con el determinismo.

La última parte de ese credo tuyo, en la que apuntas: «En consecuencia asumo ante mí la responsabilidad de creer que el hombre es la más alta expresión de la transformación constante de la materia», está igualmente acorde con el determinismo. Tú mismo dices que esa responsabilidad que asumes ante ti mismo es **consecuencia** de tus expresiones anteriores y está determinada por ellas, puesto que de ellas es consecuencia. Lo único que no acierto a ver en ese credo tuyo es por dónde anda la voluntad o el libre albedrío. Por otra parte, no sé si te habrás detenido nunca a analizar la génesis de esa creencia que te hace considerar al hombre como la más alta expresión de la transformación constante de la materia, creencia cuya responsabilidad asumes ante ti mismo. Esa creencia tuya de que el hombre es la transformación constante de la materia, no ha sido determinada por razón alguna? La propia idea de materia, ¿cómo ha llegado a ti? ¿Por qué esa necesidad interior consciente que vindicas te hace creer que el hombre es la más alta expresión de la transformación constante de la materia y no que el hombre es la expresión de una voluntad divina y parte en sí de la misma divinidad, como creen los religiosos que realmente lo son? Todo el conglomerado de tus ideas cuya suma es tu moral, ¿ha surgido en ti sin ningún antecedente? ¿Son tus ideas el producto de tu libre voluntad en un momento dado o la consecuencia lógica de la formación de toda tu vida?

A continuación de ese credo tuyo (no veas causticidad en eso de **credo**, pues no tengo la más mínima intención de agriar esta plática) afirmas: «Para mí, el hombre es esa misma materia tendiendo a librarse del reino de la fatalidad». Y como lo que dices a continuación no satisface mi curiosidad por conocer lo más íntimo de tu pensamiento en este sentido, quisiera saber si con esa idea tú quieres decir que el hombre tiende a salirse de las leyes naturales y, sobre todo, de la ley de causa y efecto. Porque si quieres decir eso, las consecuencias de esa idea pueden llevarnos lejísimos en el distanciamiento del anarquismo. Por eso, analizando la última parte de eso que he venido llamando



## LOS LIBROS Y LOS DIAS

# PLATERO EN LA QUINTA AVENIDA



ASO algunas semanas en uno de los lugares más escondidos y difícilmente accesibles de las montañas del «southwest» norteamericano. He tomado una casita rústica en un lugar tan alto que a las seis de la tarde veo la niebla descender de las cumbres e ir extendiéndose doscientos metros por debajo de mis ventanas.

Entonces hay que encender una estufa muy sólida, de hierro colado que tiene delante un caballito grabado, encima una marca de fábrica: «Cypress» y debajo una fecha: 1870. Poco después de las seis de la tarde hace frío.

En estos lugares no hay teléfono, no hay electricidad, ni «frigoríficos». Pero hay unas tormentas estupendas y, aunque yo no he traído libros conmigo, si la lluvia dura demasiado tiempo puedo echar mano de una pequeñísima biblioteca donde hay hasta docenas de libros. El único que tiene valor literario es «Jane Eyre» de Charlotte Brontë, en una edición muy vieja, de la casa Nelson. Los otros son libros de aventuras a veces interesantes y más a menudo aburridos. A los hombres de ciudad que hemos venido de Europa en los años de las grandes crisis es difícil asustarnos con fantasmas o con detectives y asesinos.

Pero poco antes de venir aquí había leído una de las ediciones impresas de «Platero y yo», que acaban de publicarse

en los Estados Unidos. La de Austin al cuidado del Departamento editorial de la universidad de Texas. Al mismo tiempo, se ha publicado otra en Nueva York, en una editora comercial. Yo conozco sólo la de Austin, que es excelente aunque, como es natural, plantea al lector una serie de problemas.

Todos estos problemas nacen de una misma circunstancia: el contraste entre el «tiempo» de Platero (un burrito lírico de Moguer, Huelva) y el tiempo de la activa, dinámica y motorizada sociedad americana de nuestros días.

Para un tipo de literatura como el de Juan Ramón es necesario poder disponer de esos remansos del tiempo en los que es posible la contemplación. ¿Existen esos remansos en los Estados Unidos? No sé. Probablemente el tiempo se remansa en todas partes, pero esos remansos en los Estados Unidos representan un lujo accesible sólo a los millonarios o a los vagabundos. Los vagabundos pueden gozar de esos largos días de contemplación en el descuido admirable de su pobreza. O tal vez en la cárcel o en el hospital. El millonario, en su «yatch» o en su «cottage» montaños.

Para remansar el tiempo — tan diligente, activo y dinámico —, en Estados Unidos hay que ser un héroe. En cambio, en la patria de Platero no hay que pensar en una cosa como esa porque el tiempo está siempre remansado, como el Guadalquivir en sus marismas, o el mar entre las dunas. En Andalucía goza de esos remansos el pobre y goza el rico.

creo tuyo tengo necesidad de hacerte una nueva interrogación y el ruego de que no dejes sin respuesta la interrogación misma. Dices: «... el hombre es la más alta expresión de la transformación constante de la materia». Al liberarse el hombre, según su tendencia apuntada por ti, del reino de la fatalidad, ¿continúa siendo materia sujeta a las leyes generales de la misma o hay algo en él que escapa a esas leyes? ¿Acaso el hombre, al pasar de determinado a determinante—son tus expresiones—elude las leyes de la naturaleza y de la materia para crearse otras nuevas a su propio gusto o modificar éstas a su placer? ¿Hay acaso en el hombre algo que escape a estas leyes? ¿Al pasar del reino de la fatalidad al de la animalidad y de éste al de la vida psicológica—son tus expresiones—ya no hay leyes naturales que influyeran la vida y los actos del hombre? ¿Cuál es la naturaleza de esa vida psicológica en la que ya comienzas a situar al hombre?

Yo creo francamente que no te apercebes que al vindicar esa voluntad y esa peculiaridad psicológica del hombre, que lo hace casi divino y superior a todas las leyes de la naturaleza, de las cuales se escapa, estás vindicando la propia naturaleza del milagro. Esa voluntad que te repugna ver siempre determinada como un ladrillo o un robot, al pres-

tarle tú esa facultad de, en un momento determinarlo, obrar libremente, fuera de toda ley natural y toda influencia extraña a ella misma, le prestas las mismas facultades de que está dotado el milagro. El milagro es eso: el hecho que se produce sin ninguna razón lógica que lo haya determinado y en contra de todas las leyes naturales que rigen la vida, o cuando menos, al margen de esas leyes. Esa volición que tú sublimizas hasta el extremo de creer que sin ella la vida es un asco, es milagrosa o deja de ser volición libre:

Ya he sido terriblemente largo en esta aportación mía a la plática que mantenemos. Aun queda mucho por decir por mi parte y seguramente por la tuya, pero ya debo poner punto final, no sin antes prometerte que, si tenemos la paciencia de terminar felizmente esta charla, intentar demostrarte, como lo hace Godwin, que de las consecuencias lógicas del determinismo se deriva una nueva moral, diferente a la moral corriente y una nueva idea de justicia, más humanas una y otra que la moral y la justicia consuetudinarias. Eso a pesar del horror que te causa el determinismo y de la opinión de las ilustres personas que citas.

B. CANO RUIZ



# EL INFORME KRUTCHEV

## GENOCIDIO Y CAMPOS DE CONCENTRACION



EGUN la terminología bolchevique, la U.R.S.S. está constiuida por dieciséis repúblicas socialistas federadas: Rusia, Ucrania, Bielorusia, Ouzbekia, Kazakia, Georgia, Azerbaidjan, Moldavia, Kirguizia, Armenia, Turkemia, y la Carelo-finlandesa. Las tres restantes son Estonia, Letonia y Lituania, cuya anexión es más que conocida la forma en que fué operada.

Pero habrá de tenerse en cuenta de que existen además, en el seno de estos Estados, una serie de minorías étnicas «que se distinguen del resto de la población por sus particularidades nacionales» y que «forman, según su libre con-

sentimiento, las repúblicas autónomas soviéticas». Caben citarse entre ellas la Kabarda, Mordavia, Iakulia, Adjoria, Abkazia, Natkichevan, Kara-Kalpia, etc. A más de, en orden de importancia, las regiones autónomas y los cantones nacionales, cuyas relaciones y organización se hallan reguladas por una serie de leyes, que en realidad no son más que una total negación del más elemental principio federalista.

«La Unión Soviética», afirma a este respecto Krutchev, está considerada a justo título como un modelo de Estado multinacional porque nosotros hemos, en la práctica, asegurado la igualdad de derechos y la amistad de todas las naciones que viven en nuestra vasta patria». Claro que

El gitano y el «payo». El obrero, el campesino, el pescador y el torero. En Andalucía es imposible dejar de gozar de algún modo de esos remansos del tiempo con diferentes perspectivas, profundidades y mirajes. Platero nació, vivió y murió su muerte física en uno de esos remansos. Pero ha tenido ese trascender que tienen con frecuencia los seres nacidos de la imaginación poética al margen de la corriente de lo útil, de lo práctico y de lo razonable. Y he aquí el fantasma lírico de Platero, el burrito fino de cabos, trotando por la Quinta Avenida de Nueva York.

Seguramente la gente que tiene algo que ver con el mundo de la imaginación pensará al ver a Platero: ¿para qué podría servir eso? ¿Para la televisión? ¿Para el cine? ¿Para qué clase de publicidad comercial? Y si preguntan y alguien les dice: «Eso es poesía, poesía andaluza, de Moguer, una pequeña ciudad al lado del puerto de donde salieron las carabelas de Colón», tal vez se interese un instante, aunque pensando que de Palos debían exportar carabelas y no burritos blancos. En fin, sin esa poesía está dicho que Platero no sirve para nada. Esa será la conclusión a la que llegará el americano medio en el norte, en el sur y en el centro de los Estados Unidos.

Y sin embargo, no hay nada más esencialmente práctico que la poesía. Llevamos muchos siglos tratando de explicarlo, pero ya se sabe: no hay peor sordo que el que no quiere oír. Aunque no hay que ser injustos. Muchos millones de personas de fina sensibilidad querrian oír y no pueden porque están atrapados por la necesidad. La vida es dura y nos endurece a todos sin darnos cuenta. El tiempo se remansa en Palos de Moguer y en Triana, en Alcalá de Guadaira y en Sanlúcar, en Medina Sidonia y en Ronda, pero no en Nueva York, en Detroit, en Pittsburg, en Los Angeles; desviarse un poco de ese tiempo, formar un dulce meandro al margen de la corriente, remansarle e instalarse en él, cuesta mucho dinero o mucho heroísmo.

La poesía es una invitación constante a salir de la esclavitud del tiempo. Bien mirado, nada más práctico que tum-

barse debajo de un árbol y ver pasar las altas nubes. O mirar a la luna. Nuestro cuerpo se tonifica, nuestros nervios descansan, nuestra alma goza una anticipación de la eternidad. Platero de Juan Ramón nos da a los hombres bastante prácticos para leerlo en español o en inglés, pequeñas dosis de esa eternidad que los poetas saben señorear, administrar y ofrecer en vida y que es, en cierto modo, la misma que los sacerdotes de todas las religiones nos ofrecen «post mortem». Para hacerla perceptible a sus feligreses, las religiones también usan de la poesía.

Es posible que, a pesar de las dos ediciones de «Platero y yo», el encantador libro de Juan Ramón se lea poco en Estados Unidos, y es porque la gente no es bastante práctica. Confunden el fervor con la precipitación, la actividad con la velocidad, y así sucede por ejemplo, que todos tienen coches magníficos, pero no tienen a donde ir. Corren a noventa millas por las carreteras, y nadie los espera en ninguna parte. Tienen tal vez hermosísimas casas y tal vez también ignoran lo que es la tibieza del verdadero hogar.

En general, les falta el sentido de la esencialidad. No sólo a los norteamericanos sino a los buenos burgueses de Europa y de la América del centro o del sur que los imitan. Frente a todas estas cosas, sobre cuya obviedad el lector seguramente está de acuerdo, conviene recordar que la gran poesía y los grandes poetas todavía pueden salvarnos. La mayor parte de las miserias del hombre moderno nacen de dormir sin sueño, de hacer el amor sin amor; correr por las carreteras sin prisa alguna. Defender una opinión en la que no se cree, etcétera. ¡Y cuántas tragedias escondidas, en todo eso!

Entretanto ahí va Platero por la Quinta Avenida cargado de cosas esenciales como iba en tiempos por Palos de Moguer cargado de flores. ¿Incongruente? No hay poesía sin incongruencia.

Además, la incongruencia lírica es una congruencia más alta y sutil y permanente. Y para tener acceso a ella nosotros, lectores, debemos merecerlo.

Ramón SENDER



esto, como veremos más adelante, no es más que una falsedad, y la igualdad y amistad, asegurada en la práctica, el más odioso escarnio histórico.

Ya hemos visto la serie de censuras y críticas que la labor de Stalin ha merecido a Krutchev. Pero los más severos juicios que ha emitido hasta ahora son los suscitados por la política nacional de su predecesor. Mucho «más monstruosos son los actos, concluye, cuyo inspirador fué Stalin y que constituyen las brutales violaciones de los principios fundamentales leninistas de la política de nacionalidades del Estado soviético. Nos referimos a las deportaciones en masa de pueblos enteros, con todos los comunistas y «konsomoles» sin excepción; medidas de deportación que no estaban justificadas por ninguna consideración militar».

«Cuando a fines de 1943, se produjo una brecha en todos los frentes de la gran guerra patriótica en beneficio de la Unión Soviética, la decisión fué tomada y puesta en ejecución concerniente a la deportación de todos los «karatches» de las tierras en que vivían. A la misma época, fin de diciembre de 1943, la misma suerte le cupo a toda la población de la república autónoma Kalmuk. En marzo de 1944, todos los Tchechenes y todos los Inguches han sido deportados y la república autónoma Tchetchene-Inguche ha sido liquidada. En abril de 1944, todos los Balkars han sido deportados a lugares muy alejados de la república autónoma kabarda. Los ucranianos no evitaron esta suerte que por ser muy numerosos y no haber donde deportarlos. De lo contrario ellos habrían sido deportados también».

«No solamente un marxista-leninista, sino todo hombre de buen sentido no puede comprender cómo es posible tener a naciones enteras por responsables de actividades inamicales, comprendidos mujeres, niños, ancianos, comunistas y konsomoles, de forma a usar masivas represiones contra ellos, y condenar a la miseria y al sufrimiento en razón de los actos hostiles perpetrados por individuos o grupos de individuos.»

Ciertamente. No hay nadie que pueda admitir tan horrendo crimen. O más exactamente, no hay ningún hombre de sentido común que lo pueda aceptar. Pues, si el hecho ha podido ocurrir, en la patria bolchevique no ha sido sin el consenso y complicidad de todo el partido, y, en primer lugar de todos sus dirigentes, incluidos los oportunistas impugnadores del momento.

En cuanto al genocidio en su totalidad, aunque ello no aumente el volumen del odio, deberemos considerar que ha sido mucho más amplio que lo manifestado por Krutchev. Los tártaros de Crimea, deportados a Siberia en 1944, han sido omitidos. Y anteriormente a todo esto los fineses, griegos, búlgaros, polacos, armenios, etones, estones, lituanos, alemanes de Dniepropetrovsk, etc. Para terminar con los alemanes del Volga, deportados en masa, por decreto del 28 de agosto de 1941.

A no ser que ello lo cargue, Krutchev, a la cuenta de alguna «consideración militar». Pero, aun en este caso, ello ni puede ser comprendido, ni tener justificación para ningún «hombre de buen sentido». Y si lo tiene para los marxistas-leninistas, tanto peor para su doctrina, que se avera falsa de punta a rabo, impugnada por la tesis que le presta, según sus doctrinas, categoría de científica.

De todas formas no deja de ser paradójico y absurdo, la forma y esencia de esta acusación del discípulo a su maestro. En efecto, apenas pronunciada la requisitoria, que en algunos pasajes puede ser equiparada a la del repugnante Vichinski en 1936-38, el alumno superaba al profesor

en el campo de Vorkuta. Y no hablemos de su proceder en Polonia. Dejémoslo, de momento, junto a la horrible masacre del pueblo húngaro, en vísperas de que su sucesor pueda hacer de ello el uso que él ha hecho de los actos equivalentes de su legatario.

Tal para cual, la igualdad dentro del partido bolchevique es de orden esquizofrénico. La igualdad es de pervertidos instintos. Ebrios de sangre y poder todos se enfrentan a las mismas contradicciones. La obstinación de juzgar las causas por los efectos, los sitúa en el círculo vicioso de perpetuar la ignominia que, finalmente, ha de caer sobre sus propios hombros. La ceguera crónica de la capacidad de raciocinio, no puede obrar otro resultado.

Es ello lo que estimula la capacidad perorativa de Krutchev, impidiéndole ver los fallos de su dialéctica. Aunque ello no sea óbice para constatar su habilidad. El pobre hombre da la impresión del colegial tímido e inexperto desarrollando una tesis impuesta, contraria a sus principios y de la que depende la adjudicación del diploma. Todo se reduce en él al golpe teatral de la sorpresa o al infantil planteamiento del problema, aunque la hiel rezume por todos sus poros.

La arbitrariedad de los métodos que él califica de stalinianos, y que no ha tardado en adoptar, parecen sumirlo en la perplejidad. «A la terminación de la guerra patriótica, dice al empezar a tratar uno de los extremos más interesantes de su informe, la nación soviética exaltó con orgullo las victorias magníficas cosechadas gracias a inmensos sacrificios y esfuerzos colosales. El partido había salido de la guerra aun más unido; en el fuego de los combates, los cuadros se habían templado y endurecido. En estas condiciones, no le hubiera venido a nadie la idea de pensar en la posibilidad de un complot en el partido».

Pues bien, esto que a nadie se le hubiera ocurrido, fué la primera idea de Stalin. Verdaderamente los bolcheviques son originales. «Y es precisamente, aclara, en esta época que ha nacido el asunto llamado de Leningrado». Que: «como esto ha sido ahora establecido, se trataba de un golpe preparado». Voznelssensdki, Kouznetsov, Rodionov, Popkov y otros eran, por tanto inocentes.

Naturalmente lo que le ha faltado decir es que los elementos en cuestión eran todos stalinistas de vieja solera. Y añadir que una vez eliminada la oposición, o personas susceptibles de poderla formar, Stalin empezaba a «evorar sus propios partidarios. De no haber mediado la guerra o de haber vivido unos años más, el «príncipe de la paz», hubiera imperado en el partido con la paz de los cementerios. Esta purga, consecutiva a la deportación de los pueblos que venimos de señalar, era el principio de una nueva masacre equivalente a la conocida con el calificativo de la «gran purga».

La depuración de Leningrado, sobre la que sea dicho de paso se ignoran las imputaciones alegadas contra los acusados, arrolló a una serie de las personalidades más en vista del partido. «¿Cómo es posible que estas personas hayan sido denunciadas como enemigas del pueblo y liquidadas?», se interroga lleno de candidez el informador. Lo que no será óbice para añadir a renglón seguido: «Los hechos prueban que el «asunto de Leningrado» es también la consecuencia del absolutismo de que Stalin hacía prueba acerca de los cuadros del partido.»

«Si hubiera existido una situación normal en el Comité Central del Partido, reafirma solemnemente, y en el «buro político» del Comité Central, los asuntos de este género habrían sido examinados conforme la práctica del partido y



los hechos de referencia habrían sido apreciados; y, en consecuencia, un hecho de esta suerte, como tantos otros, no habría podido producirse».

He ahí reflejada netamente la esencia del informe Krutchev. Confusión y estupidez. O Krutchev es un pobre diablo, o ha tomado por imbécil a su auditorio. Según se desprende de la aseveración precedente, el Comité Central y el buró político habrían podido evitar los desafueros de Stalin de haber existido una situación normal y si los asuntos de esta índole hubieran podido ser examinados conforme a la práctica del partido. Como si desde el principio del informe no se estuviera diciendo que esta práctica no era otra que la brutalidad del dictador hecha ley. Y como si fuera posible que Stalin hubiera podido decidir e imperar sobre todos, gobernando y dirigiendo sólo y sin sostén de ninguna clase. ¿Pero en este caso la célebre «Comisión» que actuaba «bajo el control del presidium del Comité Central», para qué había sido nombrada y decidida?

El hecho de que Krutchev encuentre la situación de la preguerra más benigna que la posterior nada justifica. Es muy posible que como afirma: «después de la guerra, la situación no hizo más que complicarse. Stalin se volvió más caprichoso, irritable y brutal, en particular, sus sospechas se acrecentaron. Su manía persecutoria alcanzó proporciones increíbles». Pero ello no hubiera sido posible sin el concurso de sus colaboradores. Cosa, por otra parte, reconocida al final por el propio Krutchev, que dice: «Ante todo debemos considerar el hecho de que los miembros del Politburó consideraron estos asuntos de una manera diferente en las diversas épocas».

O sea que la manía persecutoria de Stalin no hubiera podido hallar materia a sus fines de no habérsela facilitado la complicidad de todo el equipo, unos en unas ocasiones, otros a la siguiente. La locura de Stalin, a la que de nuevo vuelve a ponérsela en evidencia, era por lo visto contagiosa. Indudablemente, ello había sido ya considerado en Occidente, y la creencia de la anormalidad de referencia se había hecho fuertemente sentir. Hoy va no puede caber la menor duda. Como no puede haberla acerca del estado del equipo y sus realizaciones, efectuadas por un elemento cuya plaza se hubiera justificado plenamente en una clínica psiquiátrica.

Claro que en este sentido el acendrado ánimo de Krutchev, no podía arrojarse. Es, quizás, por ello que forzado a reconocer que Stalin no podía obrar sin complicidades que suavemente deja caer el bulto. «Esta increíble suspicacia, añade, fué hábilmente explotada por el sujeto y vil enemigo Beria, que había asesinado a millares de comunistas honestos y de soviéticos leales.»

Como si los abusos de Stalin no se hubieran realizado más que a partir del nombramiento de Beria, como jefe de la G.P. U. Parece haber olvidado el ponente que poco más atrás había concluido que: «las intenciones de Stalin fueron plenamente evidentes a partir del XII Congreso del partido, que tuvo lugar en 1934». Es decir, cuatro años antes del nombramiento de Beria. Y mucho más el telegrama a que, al

mismo tiempo, hizo referencia, dirigido por Stalin a Jdanov, fechado 25 de septiembre de 1936, en el que se decía: «La G.P.U. tiene cuatro años de retraso en este asunto». Y que el asunto no era otro que el origen de la represión. telegrama que según Krutchev, encaminó a «los funcionarios de la N.K.V.D. sobre la vía de las arrestaciones y ejecuciones de masas».

Como puede comprenderse, ignoramos la impresión que estas palabras pudieron causar entre los delegados al XX Congreso del partido. Pero una cosa es bien evidente. A nadie puede escapársele el sentido de las mismas. Es muy posible que Krutchev, haya podido convencer a su auditorio de su inocencia, junto a sus colegas de dirección, en este asunto. Pero lo que es más seguro es que ni él tenía este convencimiento, ni el más lerdo podía compartirlo. La responsabilidad de todos los jerifaltes del partido y del Estado, es íntegra y equivalentemente compartida. Lo contrario es, totalmente, inadmisiblemente e injustificable.

A no ser que se intente hacerlo como en el caso del complot de los compatriotas del jefe, conocido por el de «la organización Mingralian» de Georgia. «Como se sabe, manifiesta, las resoluciones concernientes a este asunto habían sido tomadas en noviembre de 1951 y marzo de 1952 por el Comité Central del partido comunista de la Unión Soviética. Estas resoluciones han sido adoptadas sin discusión previa en el buró político. Stalin las había dictado personalmente». En cuyo caso habrá de convenirse que la actuación de los mismos era de la más patente irresponsabilidad. Por lo visto en vez de colaboradores, el jefe no tenía que una banda de marionetas a su alrededor.

Pero lo curioso es que esta suposición es rebatida seguidamente: «Nosotros sabemos, aclara, que ha habido en cierta época, en Georgia, como en otras repúblicas, manifestaciones de nacionalismo burgués. La cuestión se impone «de saber» ¿era posible que en el momento en que han sido tomadas las resoluciones a que viene de hacerse alusión, las tendencias nacionalistas hayan progresado hasta el extremo de que haya existido el peligro de ver la Georgia separarse de la Unión Soviética y unirse a Turquía?»

No, ello no era posible según se desprende de la reacción, «movimiento y risas» entre los delegados. «Ello es, bien entendido, concluye Krutchev, una locura. Es imposible imaginar cómo tales ideas podían penetrar en el espíritu de no importa quién». Pero lo curioso es que esto que era totalmente increíble, fué admitido por los altos dignatarios del régimen y aprobadas por ellos, el informante incluído, las sanciones propuestas.

Será que los jerarcas soviéticos se distinguen precisamente, del resto de los mortales, por su capacidad para admitir toda suerte de locuras. Y en un caso como otro después de este hecho, puede honradamente hablarse de Estados federados y modelo de Estado multinacional. La opinión del «hombre de buen sentido», una vez más, se halla en contraposición de la del bolchevismo.

Francisco OLAYA





# MICROCULTURA

153.—El Metro es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano que pasa por París.

154.—La primera escuela para indios en América, la fundó Pedro de Gante, en México.

155.—Para esconderse de las persecuciones, los primeros cristianos hicieron las «catacumbas» en Roma.

156.—Por decreto del rey de España, Carlos III, en 1767, fueron expulsados los jesuitas de América.

158.—En 1948 un fanático asesinó a Mahatma Gandhi.

159.—El esquimal, idioma de los esquimales, es una lengua sumamente complicada y difícil.

160.—La «claque» es un grupo de gente a la que se paga para que aplaudan en los teatros.

161.—El rey Canuto, antiguo monarca de Escandinavia, vivió del año 995 a 1035.

162.—El Guadalquivir es el río más navegable de España.

163.—Se distingue la Isla de los Pinos (Cuba), por tener una de las minas más ricas de América en mármoles.

164.—El célebre violinista Mischa Elman, nació en Hungría el año 1881.

165.—El 24 de enero de 1848 se descubrió en California el oro, originando así la llamada «fiebre del oro», y que Chaplin protagonizó en su film «La quimera del Oro».

166.—En 1955 murió Esteban J. Pigott, el ingeniero inglés que diseñó las máquinas del buque mayor del mundo: el «Queen Mary».

167.—En estado normal, la retina del ojo es transparente e incolora.

168.—El río más largo de Francia es el Loira (Loire), con 980 kilómetros de curso.

169.—Los «macroscitos» son los glóbulos de sangre excesivamente grandes. Se encuentran en la anemia perniciosa.

170.—La palabra «jubileo» procede del latín «iubilæus», y ésta del hebreo «yobel» júbilo.

171.—Según la leyenda, el «incubo» es un «espíritu» diabólico masculino que, bajo la apariencia del varón, tiene comercio sexual con la mujer.

172.—Las «górgolas» son caños o canales por donde se vierte el agua de los tejados, generalmente hechos de piedra y con adornos animales.

173.—El producto que más importa Canadá de los Estados Unidos es el algodón, pues debido a su clima no puede cultivarlo.

174.—El censo de la población de los Estados Unidos se realiza cada diez años.

175.—El río más largo de Alaska, el Yucón, tiene 40 grados de longitud.

177.—Una cornucopia es un vaso con figura de cuerpo retorcido, lleno de flores y frutas. Simboliza la abundancia.

178.—La locución latina «Aegrescit medendo» significa que «es peor el remedio que la enfermedad».

179.—Los ainos, raza primitiva del Lejano Oriente, cerca del Japón, adoran al oso.

180.—Se conocen cuarenta especies de abedules y todas dan madera de primera calidad.

181.—Sebek, era el dios-cocodrilo de los antiguos egipcios.

182.—La soya, leguminosa muy nutritiva, la usaban ya hace cinco mil años en China.

183.—El pez llamado «gambusio» sirve para combatir el paludismo, pues se come la larva de ese peligroso insecto.

184.—En castellano la vocal «a» como prefijo tiene valor de negación. La palabra «adiós» que usan las gentes para despedirse significa «ateo» (o negación de dios).

186.—El cloroformo se usó por primera vez en Inglaterra, debido a los estudios del sabio médico James Sipson (1811-1870).

187.—La «teomanía» es un estado patológico mental, según el cual, el enfermo se cree un dios.

188.—El adorno que llevaban a la proa las antiguas naves, se llama «acrostolio».

189.—El argentino José Eusebio Colombres fué el primero que llevó a Cuba la caña de azúcar y también el primero en establecer allí un «trapiche».

190.—En 1871 salió a la luz, la revolucionaria obra de Carlos Darwin «El origen del hombre».

191.—La forma más temible de la tuberculosis es la llamada «miliar aguda». Ataca a todos los órganos y termina con la víctima en escasos días.

192.—En el mundo, contando con las lenguas primitivas y civilizadas hay, más o menos, unos 50 alfabetos.

193.—Ottorino Petrucci, fué el primero en usar la reproducción mecánica de la música (1501).

194.—«Dar crédito» significa «creer». Y «dar a crédito» es prestar dinero o especies, sin otra seguridad que el «dar crédito» de quien las recibe.

195.—La Luna, de acuerdo con los últimos cálculos de los astrónomos, tiene unos 30.000 cráteres.

196.—Juan Cimahue, fué un famoso pintor y mosaista italiano que vivió de 1240 a 1301.

197.—Cratos era el dios de la fuerza en la mitología griega.

198.—Con la luz azul se atrapan los gorgojos del maíz, pues sienten debilidad por tal color.

199.—El nombre de «Mikado» que se le da al emperador nipón, significa «puerta sublime».

200.—La palabra «pirámide» viene del antiguo egipcio «per-am-us». Generalmente se cree que las pirámides de Egipto son tres (las del grupo de Gizeh). En realidad, estos colosales monumentos mortuorios de la antigüedad son más de 80, aunque no igualan las proporciones del grupo de Gizeh.



201.—El más antiguo diccionario que se conoce fué compilado por el romano Valerio Flaco, existiendo aún de él un extracto.

202.—La luz néon existe desde que la inventó el técnico francés Georges Claude, en 1910.

203.—Los loros viven a veces más de cien años, mientras que el llamado «rey de la selva», el león, apenas llega a los 35.

204.—Según los historiadores, el primer metal que usó el hombre fué el cobre.

205.—En 1942 salió a la luz el famoso diccionario de Antonio de Lebrija, latino-español, seguido tres años más tarde por su diccionario español, que puede considerarse como la verdadera primera obra de esta clase en castellano.

206.—Se llama «enfermedad de Casal» a la pelagra, que fué descubierta, hace 200 años, por el médico español, doctor Casal.

207.—Una bomba de hidrógeno (1956) equivale a tres millones de toneladas de dinamita.

208.—De acuerdo con la creencia judía (era judaica) de la creación del mundo, nos hallamos ahora en el año 5717 (nuestro 1957).

209.—El «Golden Gate», puente mayor del mundo (San Francisco, EE.UU.) tiene 1.280 metros de luz.

210.—Se llama «cenotafio» a un monumento funerario en honor de un determinado personaje, pero el cadáver no se halla en él.

211.—Ploesti, en el valle del Prahova (Rumanía), es el centro de la riqueza petrolífera de ese país.

212.—El Pacífico, océano más grande del mundo, tiene alrededor de 165 millones de kilómetros cuadrados de superficie.

213.—La herramienta agrícola más antigua que se conoce es el arado, usado por los egipcios y los chinos hace miles de años.

214.—La popular ópera «Las Bodas de Figaro», es una de las meritorias obras del gran músico austriaco Mozart.

215.—Los lugares de almacenamiento de la mayoría de vegetales y frutas, deben ser oscuros, frescos, moderadamente húmedos y bien ventilados.

216.—En el campo de la metalurgia está siendo cada vez más usado el helio, gas liviano e inerte, producido por la Oficina de Minas de los Estados Unidos.

217.—La palabra candidato viene del latín «candidus» (blanco) y de «candere» (brillar). Los romanos que aspiraban a un cargo del Senado, se vestían con togas blancas. De ahí deriva el «candidato» político de nuestros tiempos.

218.—Heteropside: sustancias metálicas que carecen del brillo propio del metal.

219.—El producto de una planta paraguaya llamada «caki» es 300 veces más dulce que el azúcar.

220.—En 1808, el sabio inglés John Dalton, formuló con carácter realmente científico, la primera teoría atómica.

221.—La ciudad de Como, Italia, fundada por los orobios, es la más antigua de Roma.

222.—Boris Godunov envenenó a su cuñado para entronizarse zar de Rusia. De este hecho se inspiró Musorgsky para componer su conocida ópera.

223.—Las Naciones Unidas (1956) gastan por año 48 millones de dólares.

224.—Esquilo fué el inventor de la utilería y la tramoya para los escenarios de los teatros.

225.—La vocal E en castellano se repite 860 veces en 1.000 palabras. En alemán mucho más: 988 veces.

226.—Se conocen 21 comedias de Plauto, de las 130 que se dice que escribió.

227.—Paramaribo, capital de la Guayana holandesa, está sobre el río Surinam.

228.—La palabra «vermouth» es en alemán, ajeno, y como este producto entra en la composición del «vino vermouth», de ahí se originó el nombre de este último.

229.—La isla de Marajo, queda en el delta del Amazonas. Tiene 125.000 habitantes.

230.—Pericles (400 años A.C.), gobernante del partido democrático griego, convirtió a Grecia en el primer Estado del mundo.

231.—El museo en uso, más antiguo que se conoce, es el de Nara (Japón) fundado en el siglo VII de nuestra era.

232.—El año de Marte tiene 687 días, y éstos se componen de 24 horas, 37 minutos y 23 segundos de los nuestros.

233.—El «Reichstag» era el parlamento alemán antes de la guerra. Hitler lo hizo quemar.

234.—Las «slanganas» son las golondrinas de Filipinas y China, cuyos nidos comen los habitantes de dichos países.

235.—La adrenalina fué descubierta por el sabio bioquímico japonés Takamine, en 1901.

236.—Ta-Chung-Hua-Min-Kuo (abreviado: Min-Kuo), es el nombre de China en chino.

237.—La primera motocicleta la fabricó el alemán Gottlieb Daimler en 1885.

238.—El 30 de enero de 1933, el presidente Hindenburg (Alemania), entregó el país a las manos de Adolfo Hitler.

239.—Pierre, se llama la capital de Dakota del Sur (South Dakota), en Estados Unidos. Tiene sólo 6.000 habitantes.

240.—Ocurrió en el siglo XIV en el Japón lo que está ahora sucediendo con los norcoreanos y surcoreanos, pues, había Japón del Norte y Japón del Sur.

241.—José Breuer fué un gran psiquiatra vienés que, en 1880, hizo la primera curación psicoanalítica de la histeria.

242.—Los griegos llamaban «hipogeos» a las bóvedas subterráneas donde conservaban los cadáveres sin quemarlos.

243.—De acuerdo con la leyenda, se dice que Hiram, constructor del Templo de Salomón, fué el fundador de la masonería. Pero datan del siglo XVII, las pruebas de su existencia.

244.—Wilkes Booth fué el que, en 1865, asesinó al presidente Abraham Lincoln.

245.—Francisco Liszt era el suegro de Ricardo Wágner, pues su hija Cósima se casó con éste último.

246.—En un centésimo de segundo, una pequeña turbina enfriadora disminuye en cientos de grados la temperatura, sirviendo para enfriar los gases de un motor a chorro, de manera suficiente como para que puedan ser usados como aire acondicionado en el mismo avión.

247.—En el Brasil existe una rana gris o parduzca, que cuando se la toca se hace la muerta, asemejándose a un trozo de madera o de hongos.

248.—Se ha encontrado un nuevo medio para enriquecer el pan con caseína (proteína de leche), afin de hacerlo más conveniente para dietas alimenticias y para las necesidades especiales de la nutrición en niños y ancianos.

SUNO





Angela Figuera Aymerich

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### NUEVA POESÍA ESPAÑOLA

# SI NO HAS MUERTO UN INSTANTE

«Todas las mañanas, al alba, mi  
corazón es fusilado en Grecia.»

Nazim HIKMET

Si no has de permitir que tu corazón tierno  
trabaje un cupo diario de horas extraordinarias  
para sentirse fusilado en Grecia.  
Si tu pulida frente no llega a golpearse  
contra el hierro y la roca  
de una cárcel distante mil o dos mil kilómetros.  
Si no has caído nunca con la nuca partida  
por la más inocente  
de las balas que silban en un rincón de Asia.  
Si tus ojos no crecen  
hacia los cuatro puntos cardinales  
para buscar la veta del horror escondido  
y aumentar los niveles represados del llanto.  
Si no dejas a veces que tu estómago aulle  
porque a orillas del Ganges no hay arroz para todos.  
Si nunca se te quiebran los huesos de fatiga  
bajo el peso que abruma las espaldas de otro hombre.  
Si no has mirado nunca tus manos desolladas  
cuando un minero acaba su jornada en el pozo.  
Si no has agonizado cualquier noche sin luna  
en la sala de un blanco pabelón de incurables.  
Si no has visto que un día se pudre en tu regazo  
el cadáver de un niño con sus dientes primeros.  
Si no has muerto tú mismo una vez tan siquiera,  
solamente un instante, porque sí, porque nada,  
porque todo, por eso, porque el hombre se muere,  
entonces, amiguito, no sigas adelante.

Contra el terror estúpido de las noches,  
contra la vergüenza de los días demasiado brillantes,  
un fiel caparazón de cal y canto.  
Y muérete en seguida. Pero en serio. Del todo.

Angela FIGUERAS AYMERICH



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

**COLECCION «AUSTRAL»**, 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.).

ALTOLAGUIRRE. — «Antología de la poesía española».  
BAROJA. — «Las inquietudes de Shandí Andía» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri», «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avinareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yarza»; «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chimista» (.).

Rómulo GALLEGOS. — «Doña Bárbara» (.); «Cantacaro» (.); «La rebelión».

GANIVET A. — «Cartas finlandesas».  
Eduardo MARQUINA. — «En Flandes se ha puesto el sol».

A. PALACIO VALDES. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riverrita» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

RAMON Y CAJAL. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

Jacinto BENAVENTE. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

V. BLASCO IBANEZ. — «Cuentos Valencianos»; «Cañas y Barro» (.); «La condenada».

Julio CAMBA. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Sigismunda» (.).

CONCHA ESPINA. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

ESPINOSA AURELIO M. — «Cuentos populares de España» (.).

GOGOL N. V. — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

R. MENENDEZ PIDAL. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

PEREDA J. M. de — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sabor de la tierra»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

ZWEIG STEFAN. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

**Ediciones «CENIT».**

«Ideario», por R. MELLA, 250 francos.

«El fascismo en la ideología del siglo veinte», por Pr. C. M. RAMA, 150 francos.

«La Grecia Libertaria», por Han RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OTICICA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

**En francés. COLECCION «POURPRE»**, 320 francos volumen sencillo.

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Koenismark».

Erskine CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monneyeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosamond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBANEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalypse».

Anatole FRANCE. — «Histoire céramique»; «L'île des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Épicure»; «Les contes de Jacques Tournebrouche».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnot».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

**COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».**

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Bacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINE, 600 fr.

«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.

«Madame Staël», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

**COLECCION «RECONSTRUIR».**

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte. Poesía. Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)